

La Ilustración Artística



AÑO XXX

← BARCELONA 9 DE ENERO DE 1911 →

NÚM. 1.515



LA CIGARRA, cuadro de J. M. Tamburini

12101

SUMARIO

Texto.—*Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *En el país de los Faraones. Usos y costumbres del moderno Egipto.* — *La nueva ópera de Puccini «La muchacha del dorado Oeste» estrenada en Nueva York.* — *La iglesia de la Sangre, de Liria (Valencia).* — *Nuevas víctimas de la aviación.* — *Nueva York. En el «New Theatre Central Park.»* *Lo que puede el amor* (novela ilustrada, continuación). — *El «round» que jamás olvidaré. Respuestas de Juan L. Sullivan, Jacobo J. Corbett y Roberto Fitzsimmons.* — *Libros enviados a esta redacción.* — *Los agraciados con los premios Nobel en 1910.*

Grabados.—*La cigarra*, cuadro de J. M. Tambrini. — *En el país de los Faraones. Usos y costumbres del moderno Egipto* (cuatro fotografías y dos láminas). — *«La muchacha del dorado Oeste» ópera de Puccini estrenada en Nueva York* (cuatro fotografías). — *La iglesia de la Sangre, de Liria (Valencia), recientemente declarada monumento nacional* (cinco fotograbados). — *La ascensión de Hanelle*, ensueño dramático de Gerardo Hauptmann, tal como se representa en el nuevo teatro del Central Park de Nueva York. — *Sor Beatriz*, leyenda dramática de Mauricio Maeterlinck, tal como se representa en el teatro antes citado. — *Nuevas víctimas de la aviación. Los aviadores Moisant, Grace, Hoxsey, teniente Caumont, Laffont, Pola y Piccolo.* — *J. L. Sullivan en el «match» Johnson-Jeffries.* — *Jacobo J. Corbett.* — *Jim Jeffries.* — *Los agraciados con los premios Nobel en 1910. El profesor van der Waals* (física). — *Dr. Alberto Kossel* (medicina). — *Oficina permanente de la Paz. Residencia en Berna* (Paz). — *Dr. Otón Wallach* (química). — *Pablo Heyse* (literatura).

REVISTA HISPANOAMERICANA

La Universidad hispanoamericana: su finalidad y sus trabajos: la política de los actuales gobernantes yanquis con relación a los pueblos de la América hispana. — *Nicaragua*: su revolución y el nuevo estado de cosas juzgados por la prensa salvadoreña. — *Honduras*: revoluciones. — *México*: el partido antirreeleccionista y el movimiento revolucionario; manifestaciones públicas contra los yanquis. — *Perú y Ecuador*: la cuestión de límites: la resolución del gobierno español.

Francis C. Nicholas, el representante de la Universidad hispanoamericana en los Estados Unidos de Norte América, en circular ó manifiesto de 30 de octubre último, recuerda los orígenes de la Universidad de Londres, organizada en 1836 por varios patriotas ingleses que se propusieron remediar las dificultades educativas en las colonias de la Gran Bretaña.

Como ahora la Universidad hispanoamericana, la de Londres empezó pobre y sufrió persecuciones. Al fin triunfó, como es de esperar que triunfe la nueva institución, llamada a educar a la juventud hispanoamericana que vive en lugares alejados de los centros de población y a establecer sólidos lazos de amistad decorosa y digna entre todos los pueblos de América, sean del Norte, del Centro ó del Sur.

La Universidad hispanoamericana se va extendiendo rápidamente por América. Sus ideales de libertad, de ciencia y de paz son acogidos con entusiasmo. Quiere educar ciudadanos para la felicidad de América, y para conseguirlo sólo pide hombres de buena voluntad.

Pero en América, como en todas partes, no faltan los hombres de mala voluntad, y preciso es abrir y mantener contra ellos resuelta y perseverante campaña. A este fin tiende también la Universidad, y con esforzado empeño procura cumplirlo su delegado general para las relaciones internacionales, el Dr. Tomás Cerón Camargo.

Con la política imperialista de los Mac-Kinley y Roosevelt no podrá haber paz en América. Si persiste, surgirá la guerra entre sus pueblos, y llegará el día en que en esas guerras tomen parte ejércitos ó escuadras de Europa ó de Asia. Si en Norteamérica se formuló la doctrina Monroe, allí mismo se inicia su fracaso ó su ruina, porque los políticos yanquis que en estos últimos años se han impuesto al país, preparan el hecho que quiso evitar Monroe, la intervención en América á mano armada de pueblos europeos ó asiáticos.

Los recientes sucesos de Nicaragua, que han sido una manifestación más de la política de expansión dominadora de los yanquis, dan motivo á Cerón Camargo para censurar con dureza, pero con justicia, el rumbo que ha tomado la doctrina Monroe en las relaciones de los Estados Unidos con los países débiles de la América latina, y los procedimientos de ciertos personajes del gobierno de Washington, en alianza

con banqueros ó especuladores, con los que profesan y practican otra doctrina, que suele formularse en estos términos: «hijo, si puedes, honradamente, hazte rico; si no puedes..., hazte rico.» En contubernio ambas doctrinas, no hay que esperar nada bueno para la felicidad de América.

Por fortuna para América y para los mismos Estados Unidos del Norte hay en esta última República una gran masa de políticos sensatos, de hombres dignos y honrados, que se rebelan contra el abuso de poder ó de fuerza que prevalece en la política internacional de los imperialistas yanquis. Cuando Cerón Camargo protestaba contra los insultos que los ejecutores de la doctrina Monroe inferían á la América latina fomentando la guerra en Nicaragua, cuando parte de la prensa de los Estados Unidos aconsejaba la conquista y ocupación de dicha República y pedía la intervención absoluta del gobierno yanqui en los asuntos internos de aquel desgraciado país, la Legislatura del Estado de Massachusetts aprobaba una resolución en virtud de la cual debía solicitarse del Congreso de la Unión la sanción de una ley que prohiba al Poder ejecutivo aumentar el territorio de los Estados Unidos por medio de la conquista.

En su enérgica defensa de los hombres y de los pueblos hispanoamericanos, expresa elocuentemente Cerón Camargo la amarga pena que le produce ver cómo algunos americanos del Norte, tan republicanos y tan liberales en el seno de su país, son tan absolutos, tan déspotas, tan jacobinos en sus relaciones con los pueblos de raza latinoamericana. «Fuera de su frontera, dice, no tienen para nosotros sino diatribas salvajes, cadenas, opresión, y quieren pisotearnos con odio y saña sin ejemplo.»

* *

Como ya se ha indicado en anteriores revistas, triunfó en Nicaragua la política intervencionista del secretario de Estado yanqui, Knox, que á última hora consiguió ganarse el concurso de los gobiernos de Guatemala y El Salvador para dar el golpe decisivo al gobierno nicaragüense, en el que figuraban elementos adictos á Zelaya, tan odiado en aquellas otras Repúblicas.

La prensa guatemalteca y salvadoreña que refleja la opinión ó las aspiraciones de los respectivos gobernantes se muestra satisfecha del nuevo estado de cosas creado en Nicaragua. Según periódicos de El Salvador, la causa de todo el *maremagnum* trabajado en diez meses de sangrienta y onerosa contienda fué la conducta de Zelaya, que triunfante del partido conservador y afianzado en un partido joven que él creó, se desentendió de la labor reformadora interior, aspirando sólo á ejercer su hegemonía sobre las Repúblicas disgregadas del pacto de Amapala de 1895 y pretendiendo extender su influencia más allá del límite razonable. Afortunado en sus juegos políticos y siempre vencedor del partido histórico granadino, se olvidó de la solidaridad de los intereses permanentes de su país con los demás estados del istmo, que se sintieron amenazados en su porvenir é independencia, con la entronización del nepotismo plutocrático, apoyado en capital norteamericano.

No hay que decir cuál es la actual situación de Nicaragua bajo el aspecto económico. Todos sus elementos de producción están paralizados ó abatidos. Sin embargo, el periodista salvadoreño que escribe, sin dar su nombre, en «El Comercio de El Salvador», cree que el problema nicaragüense, salvo lo imprevisible, puede solucionarse en un largo plazo, gracias á la riqueza inagotable del suelo y la posición del territorio, como apenas las ofrece ningún otro país del Continente, sin que sufran ni la dignidad de Nicaragua, ni el porvenir de los Estados limítrofes. Improbable es la labor, ciertamente, y el jefe que asuma la situación habrá de armarse de esas cualidades de que muchos aspirantes blasonan, y que pocos, ya en el poder, saben conservar incólumes; probidad administrativa y respeto profundo por el derecho de gentes.

* *

Honduras no parece que tomó parte en la acción común contra Madriz para pacificar á Nicaragua, dando el poder á Estrada. Tenía y tiene dentro la guerra civil, la revolución, significada en el litoral del Pacífico, en Amapala, por el general Valladares, y después, en la parte del Atlántico, por el general Bonilla ó los partidarios de éste, que no cesa en su propósito de recuperar el gobierno.

* *

También hay revolución en México. Si no resultaron ciertas las noticias que ha meses daban los periódicos yanquis, habrá que reconocer, sin embargo, que reflejaban impresiones del período en que se incubaba la rebelión ó la protesta armada contra el viejo presidente Díaz, que por sucesivas reelecciones viene actuando á modo de monarca vitalicio. Es México uno de los países de América en que mayor realidad tiene la farsa democrática de que varias veces se ha hablado en estas revistas.

Promovedor del actual movimiento revolucionario ha sido el partido antirreeleccionista, es decir, el de los mexicanos que se oponen al sistema de reelecciones continuas, mediante las cuales el presidente de la República ejerce tan alto cargo durante años y años.

Las informaciones que de los sucesos de México llegan á Europa en estos días dan mayor ó menor importancia á la tentativa revolucionaria, según el origen que tienen. Las que proceden de los Estados Unidos y especialmente del Texas suponen en grave aprieto al gobierno de Porfirio Díaz, las que vienen de centros ó elementos oficiales mexicanos reducen los hechos á las menores proporciones posibles. Según el Sr. Ives Limantour, ó sea el ministro de Hacienda de México, que hace pocos días se hallaba en París, sólo se trata de conflictos entre la policía y grupos de anarquistas, de socialistas ó de bandoleros.

Pero dígame lo que se quiera, lo cierto es que, con mayor ó menor fortuna, los antirreeleccionistas se lanzaron al campo. De su jefe el Sr. Madero, ya se ha hablado en estas revistas; fué candidato á la presidencia contra Porfirio Díaz. La aspiración principal del partido la declara el programa que publicó la Junta Directiva de aquél en el pasado mes de octubre. El gran partido antirreeleccionista mexicano quiere asegurar en lo futuro la renovación periódica de los supremos poderes de la nación por medio de la emisión libre y pacífica del voto de los ciudadanos de la República.

Ahora bien ¿hay libertad para emitir el voto bajo el gobierno que preside el mismo individuo contra cuya reelección se va á votar? Si la hay, podrá y deberá moverse el partido dentro de las vías legales; si no la hay, si los hechos demuestran una y otra vez que los gobernantes hacen uso de todas las influencias que les da el poder para lograr mayoría reeleccionista, preciso será acudir á la revolución.

Con la agitación política han coincidido manifestaciones contra los yanquis. A principios de noviembre el populacho de Rock Springs, una de esas poblaciones semisalvajes de los Estados Unidos en que se practica el *lynchamiento*, sacó de la cárcel y quemó vivo á un mexicano acusado de homicidio. La noticia de este acto de barbarie produjo gran indignación en México: los estudiantes y el pueblo de la capital y de otras ciudades de la República organizaron manifestaciones de protesta, quemaron ó arrastraron por el lodo banderas yanquis y maltrataron á varios ciudadanos de los Estados Unidos. Tuvo que entrar en juego la policía y hubo muertos y heridos.

* *

La prensa extranjera nos informa acerca de la resolución tomada por el gobierno español en el conflicto de límites entre Perú y Ecuador.

Sabido es que era árbitro para decidir en derecho sobre esta cuestión el rey de España, cuyo gobierno, según los informes á que nos referimos, ha manifestado á los de Lima y Quito que el real árbitro declina el honor de dictar fallo que resuelva la histórica controversia entre ambas Repúblicas.

Seguimos pues, sin saber cuál es la verdadera frontera entre el Ecuador y el Perú, especialmente en la zona oriental, regada por el caudaloso Amazonas y afluentes suyos, en cuyas márgenes se ha establecido el Perú, y á las que alegan derechos no sólo el Ecuador, sino también Colombia. Se trata de un vasto país, tan grande ó mayor que España, en el que hay abundante riqueza de todo género, de difícil explotación hoy por falta de pobladores y de buenas comunicaciones, pero de gran porvenir para el día en que puedan ir á él braceros numerosos y se facilite el acceso á la magnífica vía fluvial del Amazonas. Los peruanos, que poseen á Iquitos y otros centros de población, han empezado ya el aprovechamiento del caucho y algunos otros productos vegetales de aquellas enormes y vírgenes selvas.

Es cuestión esta de suma importancia y gravedad, que de no resolverse en breve plazo puede alterar las buenas relaciones y la paz no sólo entre las tres Repúblicas directamente interesadas, sino entre otras que por tocar en la zona litigiosa ó por otros motivos podrían tal vez intervenir en la contienda en pro ó en contra de algunas de aquéllas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

EN EL PAÍS DE LOS FARAONES.—USOS Y COSTUMBRES DEL MODERNO EGIPTO

Desde que Inglaterra ocupó, hace un cuarto de siglo, el Egipto, el antiguo país de los Faraones ha sufrido una transformación profunda no sólo desde el punto de vista material, sino también en el modo de ser de una gran parte de su pueblo. En cuanto á lo primero, las reformas administrativas por Inglaterra introducidas en aquel estado y las grandiosas obras públicas realizadas por la nación ocupante, han llevado allí todos los adelantos de la civilización europea, aumentando considerablemente la riqueza y la productividad del territorio ocupado. Sólo con citar la construcción de las gigantescas presas de Asuán, Asiut y Zifta y del gran canal de Ibrahimia que asegura el riego permanente á una buena parte de la región del Alto Egipto que antes únicamente podía beneficiarse con las inundaciones, queda demostrado hasta qué punto ha sido ventajosa la ocupación inglesa. Mas no se ha limitado á esto la transformación; también ha alcanzado á las costumbres de los egipcios, que no han tardado en asimilarse muchos de los usos europeos.

caballos, que tanto se diferencian de aquellas mujeres que la imaginación popular supone poco menos que enterradas en vida en los serrallos de sus seño-

caravanas que vuelven á sus hogares después de un viaje larguísimo y lleno de penalidades, trayendo consigo los gérmenes de enfermedades terribles.

Otra nota modernista, por decirlo así, nos la da ese agente de policía del Cairo que pudiera serlo de cualquiera capital de Europa.

¡Qué más! En febrero del año próximo pasado celebróse en Heliópolis un mitin de aviación. Nada faltaba allí de lo que para esta clase de espectáculos se requiere: había-se construido un vasto aeródromo y se habían levantado elegantes y espaciosas tribunas para aquella fiesta, á la que acudió un público cosmopolita numerosísimo, según explicamos en el número 1.470 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Entonces escribimos, y ahora lo reproducimos porque encaja perfectamente en este artículo, el siguiente párrafo:

«El concurso, aparte del interés que despertaba desde el punto de vista técnico, excitaba grandemente la curiosidad como nota típica de lugar y de color



Memorialistas á la puerta de un tribunal

res, aisladas en absoluto del mundo exterior, rigurosamente guardadas por implacables esclavos y consumiendo su existencia en la ociosidad más tediosa, Hasta los tupidos velos que sólo dejaban ver los ojos aparecen substituídos en algunos de los tipos que reproducimos por gasas poco espesas al través de las cuales se transparenta todo el rostro.

Asimismo nos recuerdan pasadas épocas las escenas relativas á la expedición á las pirámides que todavía se efectúa en camellos; pero también en estas escenas hay una nota modernista que casi da al traste con la poesía del resto del asunto: esos turistas tomando el te después de la excursión, más que en el país de los Faraones parecen saborear el *five o'clock tea* en alguna de esas lindas poblaciones de la Costa

Azul invadidas por el cosmopolitismo moderno.

Igualmente conservan todo su carácter esos memorialistas á la puerta de un tribunal y ese vendedor

y por el contraste que había de ofrecer aquella fiesta tan esencialmente moderna y tan propia de las más refinadas sociedades europeas, con el carácter

del pueblo y del sitio en que se celebraba. Los aeroplanos volando en el territorio en donde se alzan las pirámides y las esfinges, casi junto al mismo desierto, constituyen, en verdad, un contrasentido y hasta para algunos una profanación.»

Desgraciada ó afortunadamente, según el punto de vista desde el cual se mire la cosa, estas profanaciones son cada día más numerosas y trascendentales. Millares de egipcios bendecirán, por ejemplo, las obras antes citadas de las presas de Asuán y Asiut, gracias á las cuales se fertilizan inmensos territorios; y sin embargo, con aquellas obras es

inminente la desaparición en plazo más ó menos breve de una de las maravillas del antiguo Egipto, la sin par isla de Filé.—R.



Damas del harén de paseo



Damas del harén en un jardín público

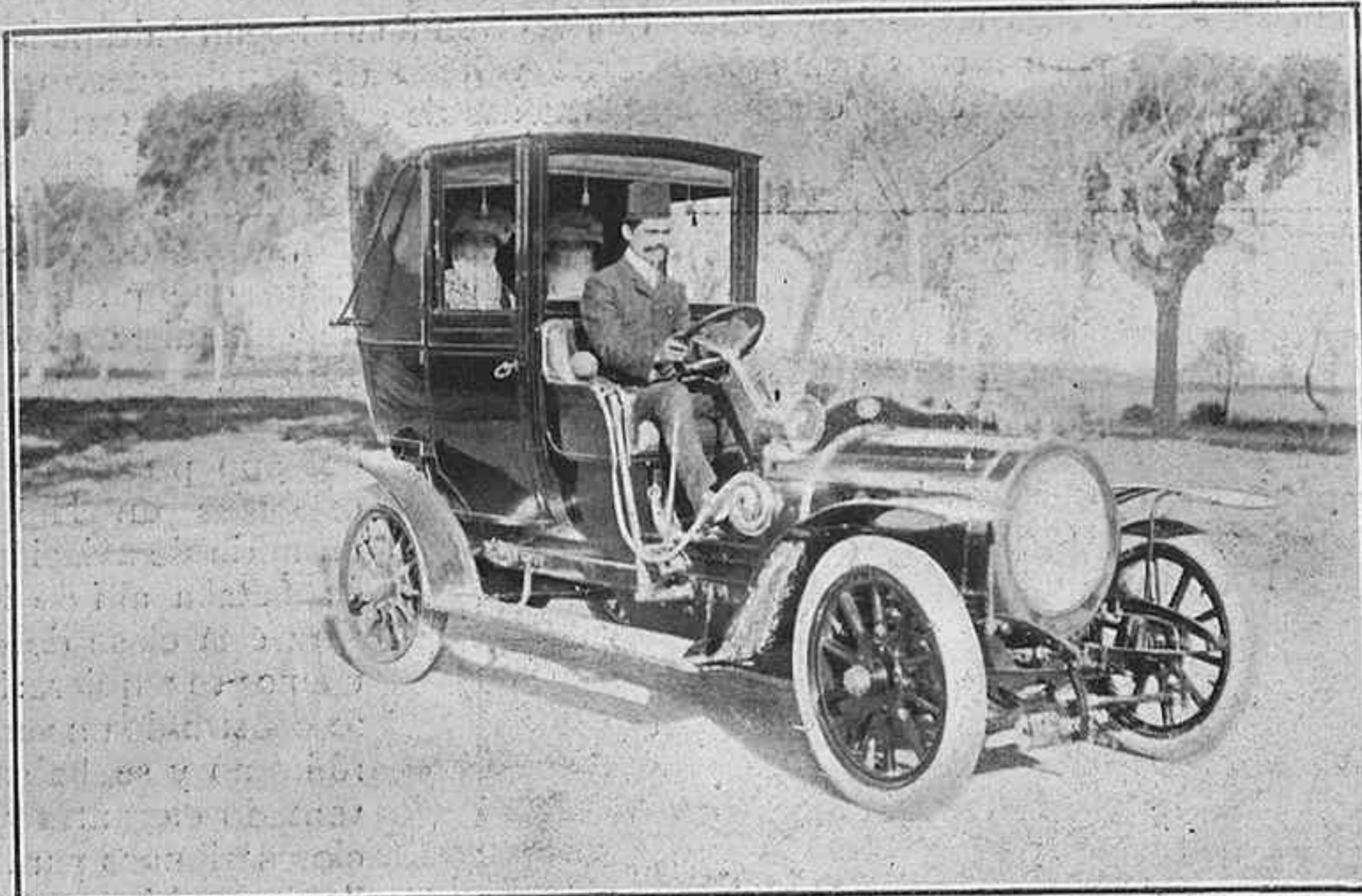
Los grabados que en esta y en las dos siguientes páginas publicamos son una prueba fehaciente de nuestro aserto. Fijémonos especialmente en los que reproducen escenas de las carreras de caballos que periódicamente se celebran en el hipódromo de Heliópolis, ciudad situada á once kilómetros del Cairo, y no podrán menos de chocarnos los contrastes que en ellas se observan. El automóvil, el jockey, las apuestas, la curiosidad y el interés con que los indígenas presencian el espectáculo, todos estos pormenores de una diversión allí enteramente exótica, ¿no es verdad que parecen poco adecuados á la imagen que generalmente y por la fuerza de la tradición se tiene formada del país y del pueblo egipcios?

Cierto que algo y aun algunos nos recuerdan la existencia de usos y costumbres de otros tiempos y de civilizaciones distintas de la nuestra: las damas del harén, testimonio de una institución que apenas se explica en pleno siglo xx; los eunucos, pruebas vivientes de una aberración incomprensible y en todos tiempos altamente vituperable; la misma indumentaria de los indígenas, tan bellamente pintoresca. Pero aun en estos mismos pormenores, ó por lo menos en muchos de ellos, se echan de ver las influencias del progreso; díganlo, si no, esas damas del harén en paseo ó dirigiéndose en automóvil á las carreras de



Regreso de peregrinos de la Meca

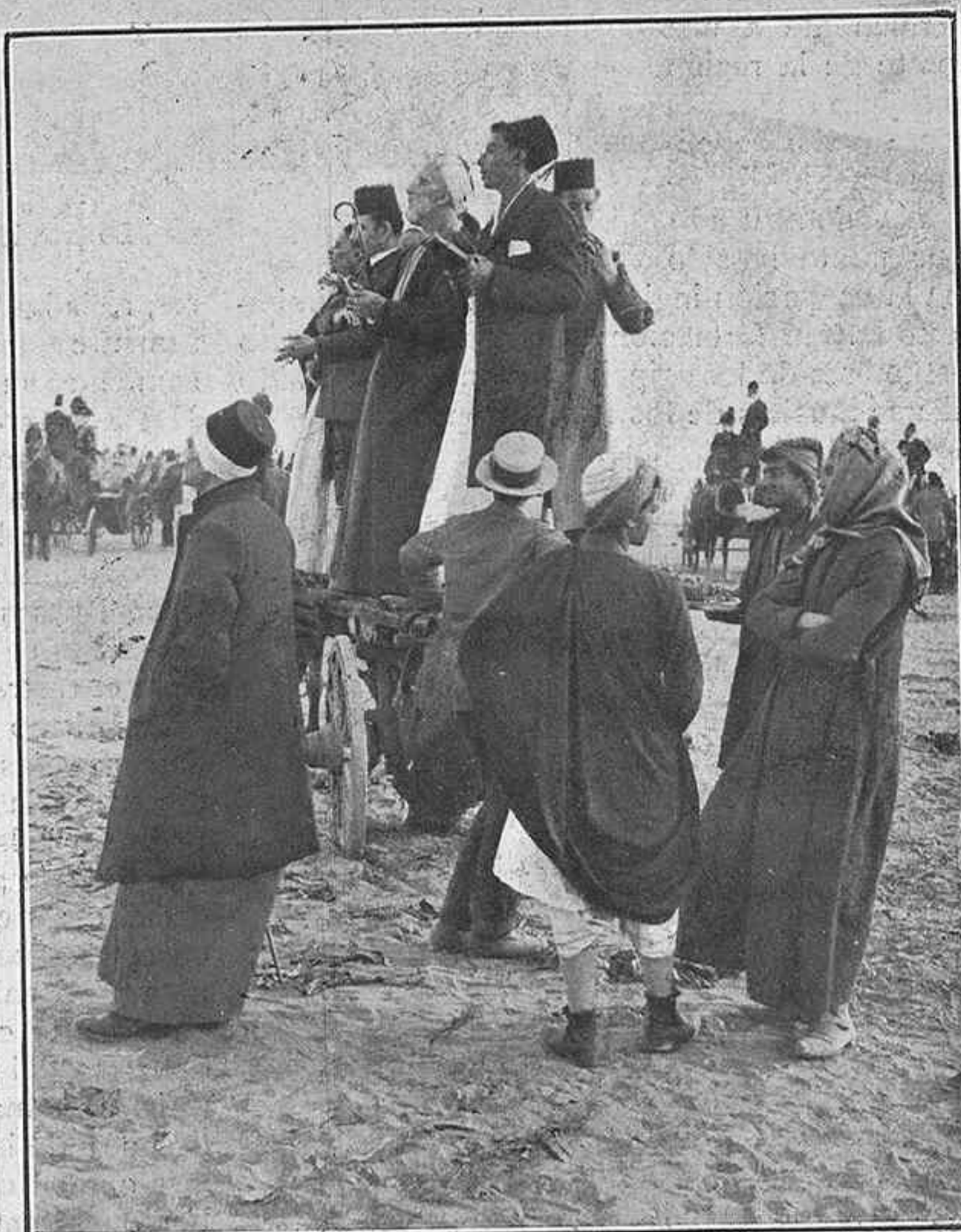
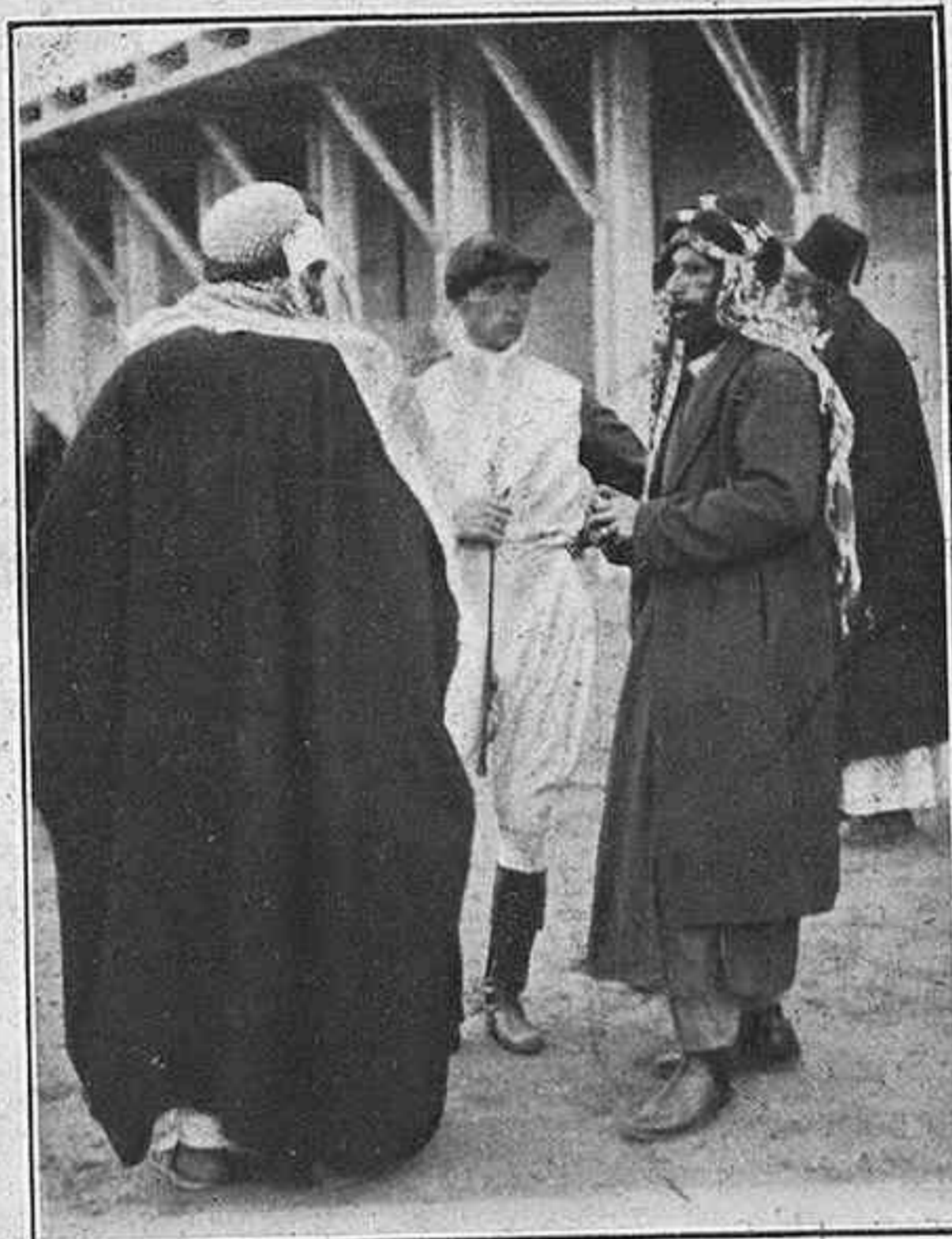
de bebidas en el Cairo, pero contrastando con ellos se nos ofrecen esos peregrinos que regresan de la Meca y que en nada se parecen á esas destrozadas



Damas del harén en automóvil dirigiéndose al hipódromo.



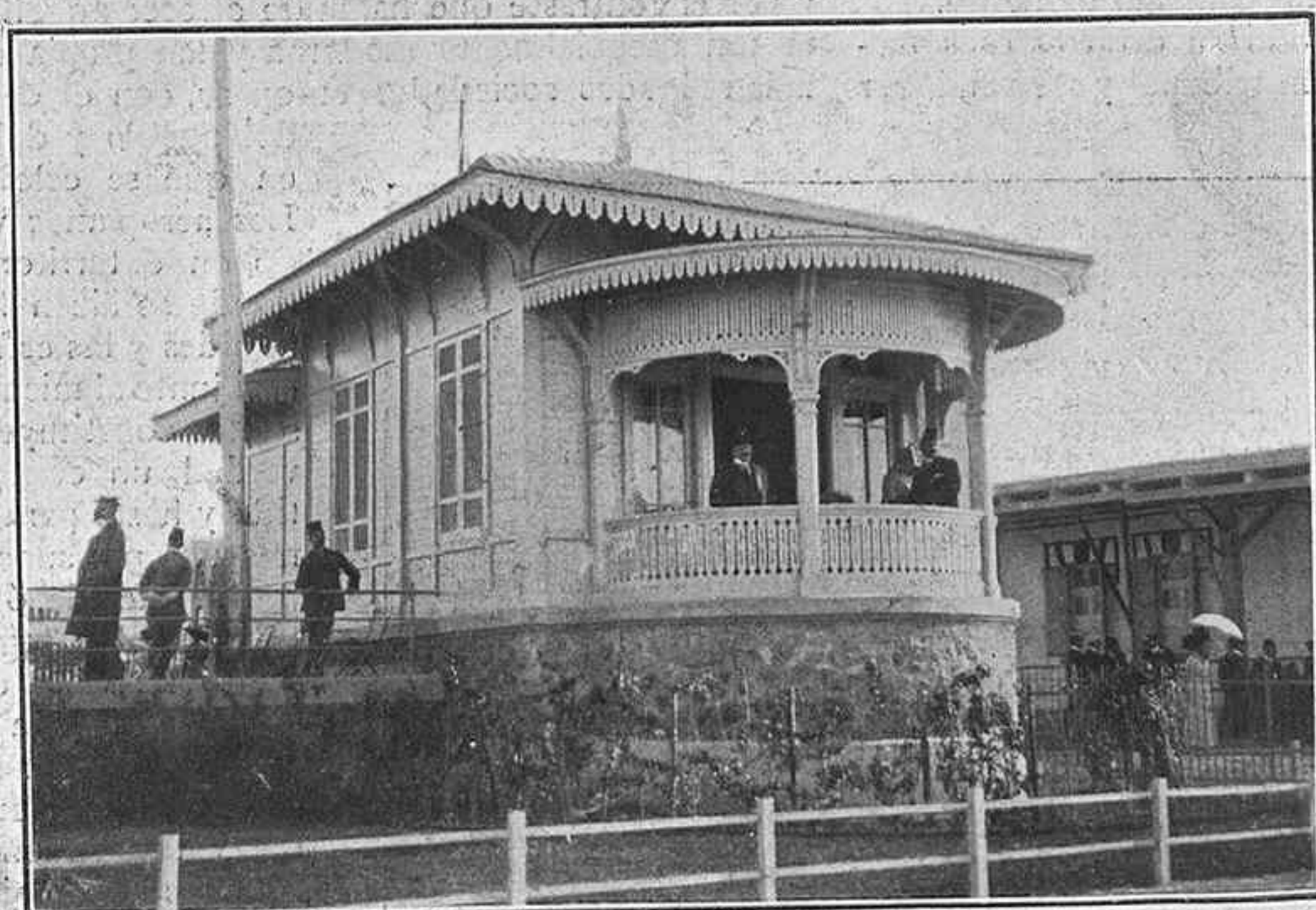
LAS CARRERAS DE CABALLOS
• EN EL •
HIPÓDROMO DE HELIÓPOLIS



Eunucos haciendo apuestas.

Jockey y beduinos.

Indígenas que presencian las carreras.



La tribuna del jedive en el hipódromo.



Vista de una parte de la tribuna pública.

(De fotografías comunicadas por C. Chusseau-Flaviens.)

UNA EXCURSIÓN A LAS PIRÁMIDES



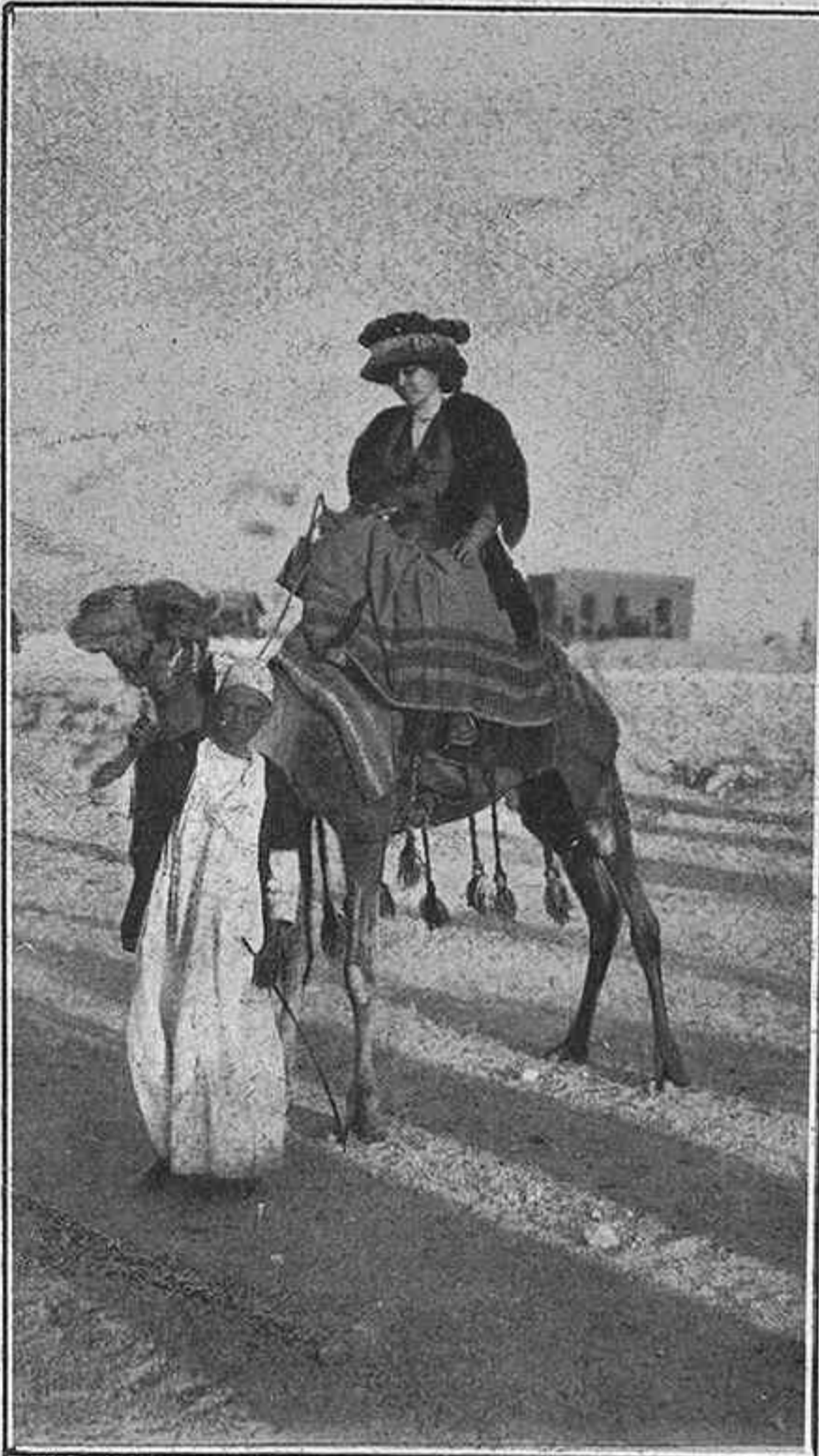
Un agente de policía del Cairo.



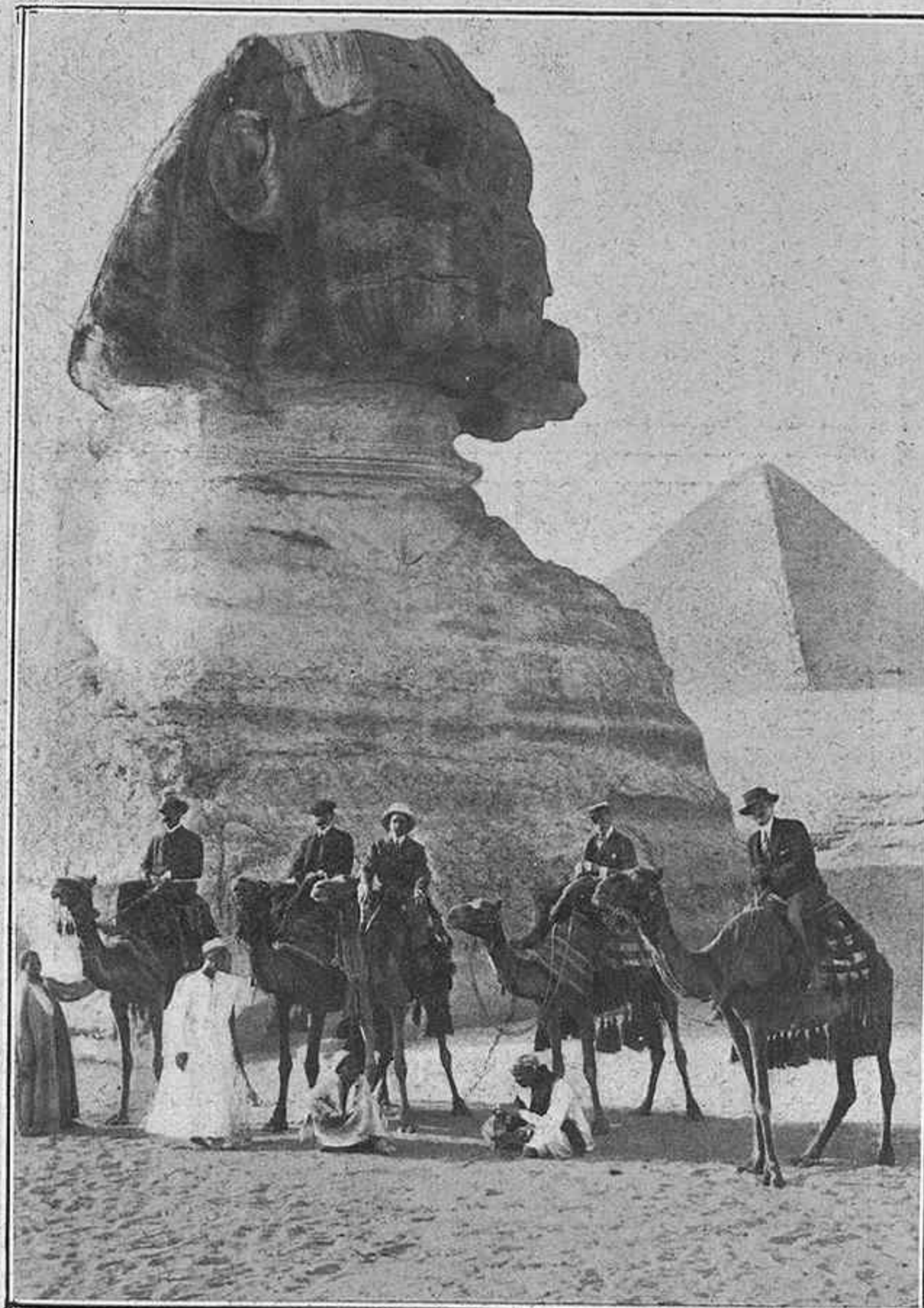
Preparándose para la excursión a las pirámides.



Vendedor de bebidas en el Cairo.



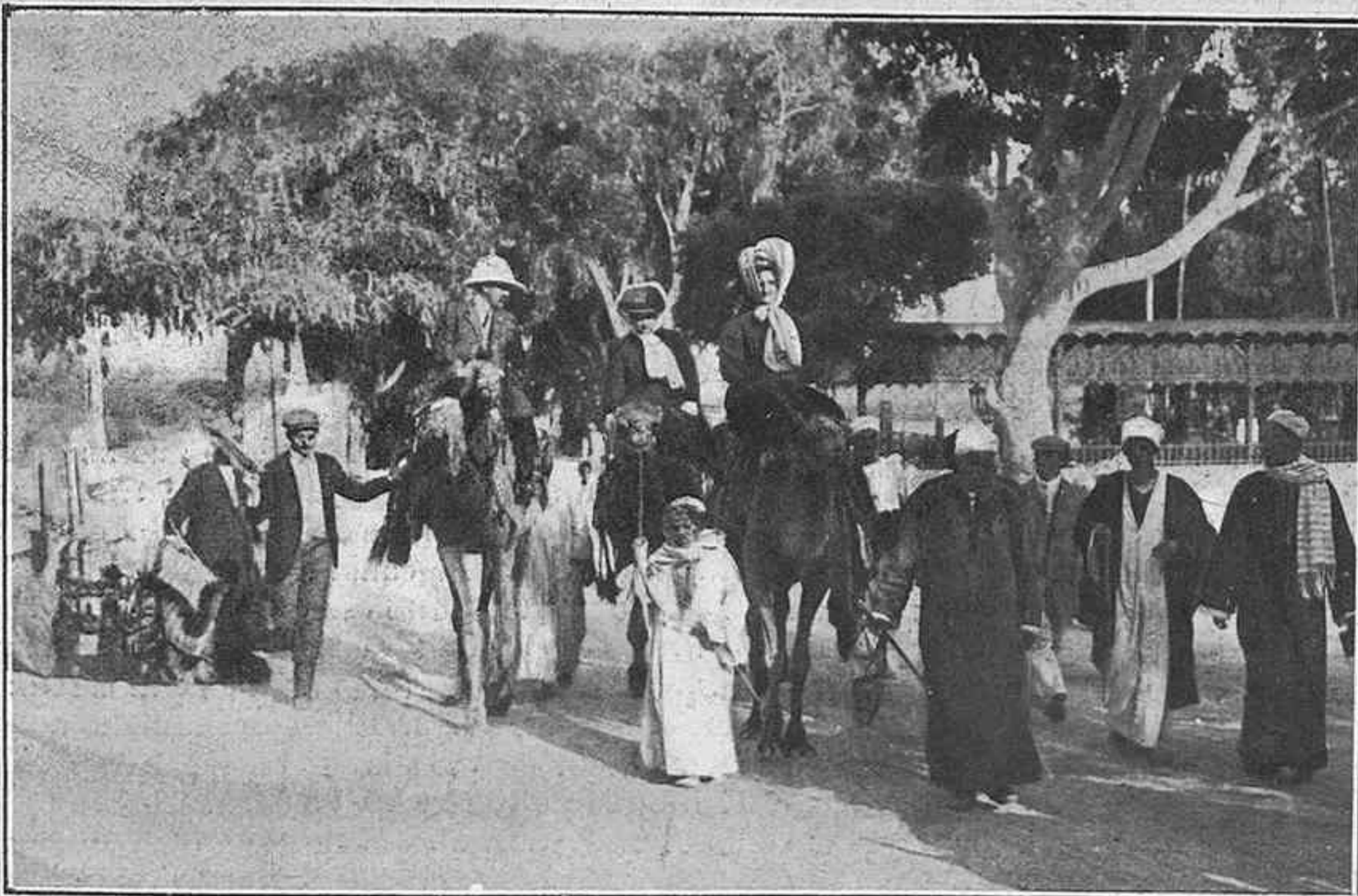
Una elegante.



Turistas delante de la Esfinge.



Al pie de las pirámides.



Caravana que regresa de las pirámides.



Después de la excursión; descanso y te.

(De fotografías comunicadas por C. Chusseau-Flaviens.)

LA NUEVA ÓPERA DE PUCCINI «LA MUCHACHA DEL DORADO OESTE,» ESTRENADA EN NUEVA YORK

A mediados del mes de diciembre último estrenóse en el Metropolitan Opera, de Nueva York, la nueva ópera del maestro italiano Puccini *The Girl of the Golden West* (*La muchacha del dorado Oeste.*)

El renombre universal de Puccini, el hecho de haberse obtenido para la escena yanqui las primicias de una obra del autor de *La Tosca*, *La Bohème* y *Madama Butterfly*, la circunstancia de ser eminentemente norteamericano el asunto de la ópera, que el libretista Civinini tomó de una obra de Belasco, la fama de los artistas á quienes estaba confiada su ejecución, todo contribuyó á que aquel estreno revistiera las pro-

porciones de grandioso acontecimiento teatral. Y contribuyó no poco también á ello la bien organizada *reclame*. Sabido es que en esto son los yanquis consumados maestros; no hay, pues, que decir que echaron el resto, tratándose como se trataba de una solemnidad artística en la que estaba empeñado ó poco menos el honor de los norteamericanos. Preparado admirablemente el terreno por todos los medios poderosos de que en aquella tierra disponen los que quieren y pueden dar bombo á cualquier suceso, no es de extrañar que la expectación fuese inmensa y que por las localidades se pagasen, para la noche de la primera representación, precios fabulosos; hubo quien por un asiento de galería pagó cien dólares y el producto de la venta general ascendió, según se dice, á 23.000. Esto sin contar con lo que ganaron los revendedores que, en pleno diciembre, hicieron su agosto.

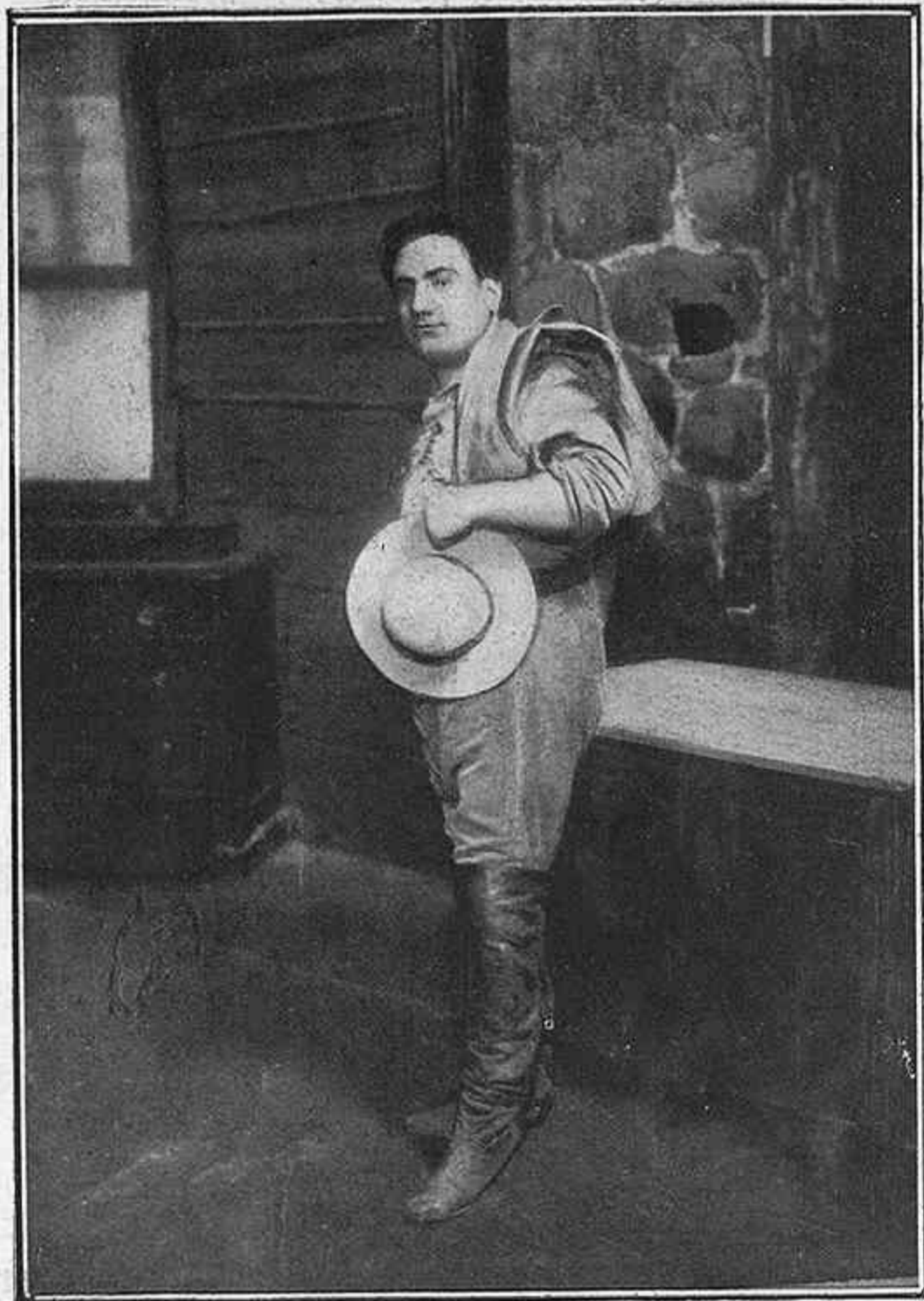
con lo que dicho se está que en ella predomina el estilo melódico que tantos triunfos ha proporcionado y tan popular ha hecho al autor de *La Bohème*; representa, sin embargo, un progreso en el compositor,

»El maestro Toscanini reprodujo con gran vigor la música de Puccini, música que muestra gran desarrollo en las facultades del maestro y es más realista y rápida en la acción que ninguna otra de sus obras precedentes.

»Faltan en ella los consabidos largos trozos melódicos y en su lugar abundan las frases breves y cortadas.

»Es un continuo efecto orquestal y armónico. En la orquestación es evidente la influencia de las obras recientes de Debussy.»

El *Daily Telegraph* recoge especialmente las impresiones del público, y cuenta que en los co-



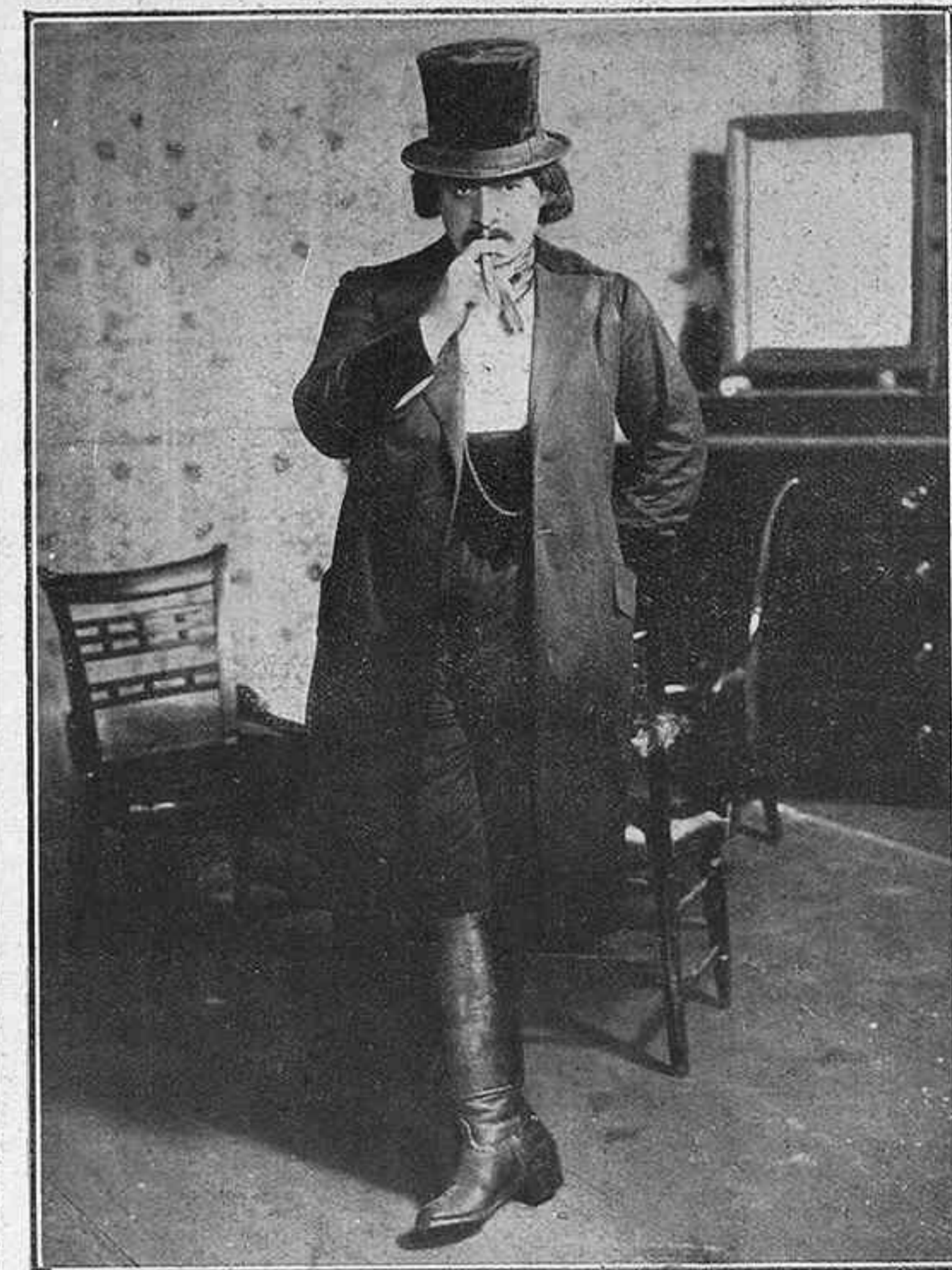
El tenor Caruso en el papel de Johnson



La tiple Emy Destin en el papel de Minnie



La partida de «poker» entre Minnie y el sheriff
(De fotografías de Pablo Thompson comunicadas por C. Abeniacar.)



El barítono Amato en el papel de sheriff Jack Rance

Los principales papeles de la ópera estaban confiados al eminente tenor Caruso, á la célebre tiple Emy Destin, cantante alemana procedente del teatro wagneriano que, desde hace poco, se ha pasado á la escena italiana, al notable barítono Amato y al aplaudido bajo Didur; la dirección de la orquesta corría á cargo del reputado maestro Toscanini.

La noche del estreno, el libreto de la ópera, impreso en papel de seda, vendíase á subasta en el foyer del teatro y se compraba á su peso en billetes de banco; todos los Estados de la Unión enviaron coronas para el compositor, los intérpretes y el director de orquesta, y desde el mediodía una compacta muchedumbre permanecía delante del Metropolitan, esperando pacientemente que se abriesen las puertas del coliseo.

La ópera tuvo un éxito extraordinario, colosal; Puccini fué llamado á la escena ochenta y seis veces, siendo obsequiado con una continua lluvia de flores y, al final de la obra, con una magnífica corona de plata maciza, regalo de los empresarios.

La ejecución fué excelente y todos cuantos en ella tomaron parte fueron objeto de entusiastas ovaciones. El decorado y la presentación escénica de *The Girl of the Golden West* fueron inmejorables.

La música de la ópera es enteramente pucciniana,

puesto que está caracterizada por una armonización escrupulosa y una audacia de instrumentación que, en otras manos, habría podido ser peligrosísima y que hace en extremo difícil su dirección y ejecución. Abundan en la partitura los trozos descriptivos, mereciendo citarse de un modo especial, en este concepto, la llegada del correo en el primer acto, la tempestad, la partida de *poker* en el segundo y la caza de los bandidos en el tercero.

Los pareceres de los críticos neoyorkinos é ingleses sobre el valor de la música difieren bastante unos de otros, pues mientras hay quien la considera como obra maestra, no falta quien la crea inferior á la de las demás óperas, antes citadas, del mismo compositor.

El *Times* de Londres la juzga así, por la pluma de su corresponsal:

«El teatro Metropolitan presentaba un aspecto maravilloso por el público que había acudido y por las «toilettes.»

»Después del segundo acto, en el que se desarrolla la partida de naipes entre la heroína y el *sherif* para salvar al bandido, los aplausos al autor fueron inmensos. Puccini fué llamado á escena diez y nueve veces en unión de los artistas y de Toscanini.

redores del teatro la crítica de parte de los patriotas americanos nada tenía de cortés, pues se quejaban de la falta absoluta de colorido local. El crítico se pregunta:

«Si Puccini supo escribir una obra bella, con música inspirada como es la japonesa, vivificándola con su genialidad, ¿por qué esta vez no ha querido ó sabido inscribir en la ópera algún elemento de música americana? Puesto que destinaba su ópera á América, era absolutamente necesario que pensara en complacer y contentar al público de Nueva York. Otra cosa hubiera sido de haber destinado la *Fanciulla del West* á un público italiano.»

El principal reproche que hace la crítica hostil á la música de *The girl of the Golden West*, es que, mientras Puccini ha cuidado de introducir canciones japonesas en *Madama Butterfly*, ahora, en una ópera con asunto californiano, no hay una sola melodía nacional.

Y esta laguna pareció tan censurable, que, según cuenta un periódico inglés, durante un entreacto—detalle bien norteamericano—el público, taconeando, pedía aires yanquis.

Otro incidente pintoresco se produjo en el ensayo general.

Al ver el novelista californiano que ha suministrado el argumento de la obra que el tenor exageraba con la tiple el *verismo* osculatorio en el dúo de amor, gritó al maestro Toscanini:

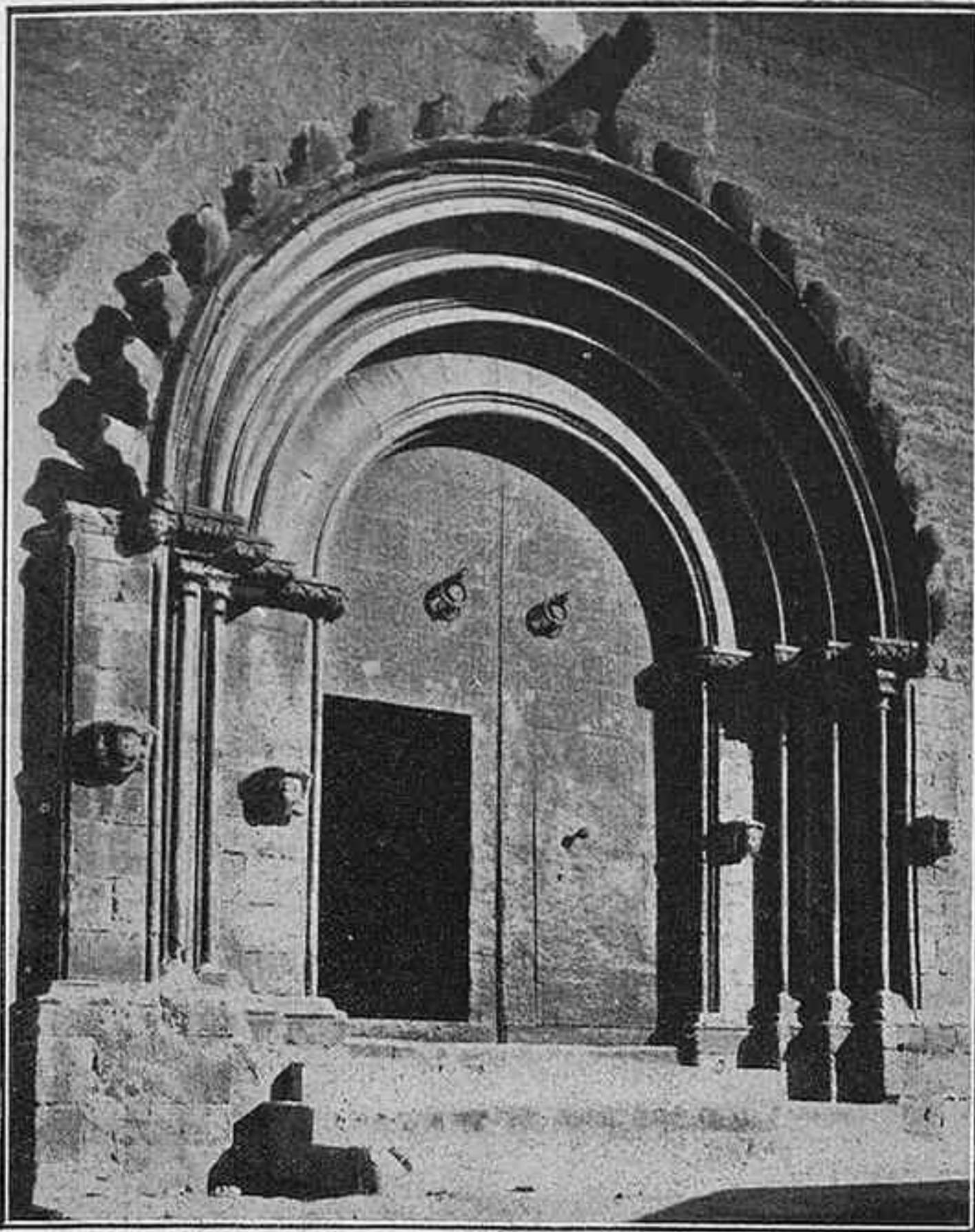
—¡Yo no he puesto ese beso en mi libro!

Protestó el libretista italiano y para dilucidar el punto, consultó el texto original. En efecto: el beso estaba allí. Pero el novelista californiano no lo había reconocido. Tanta es la diferencia entre el *kissing* de California y el de los países latinos, sobre todo cuando el protagonista es Caruso.

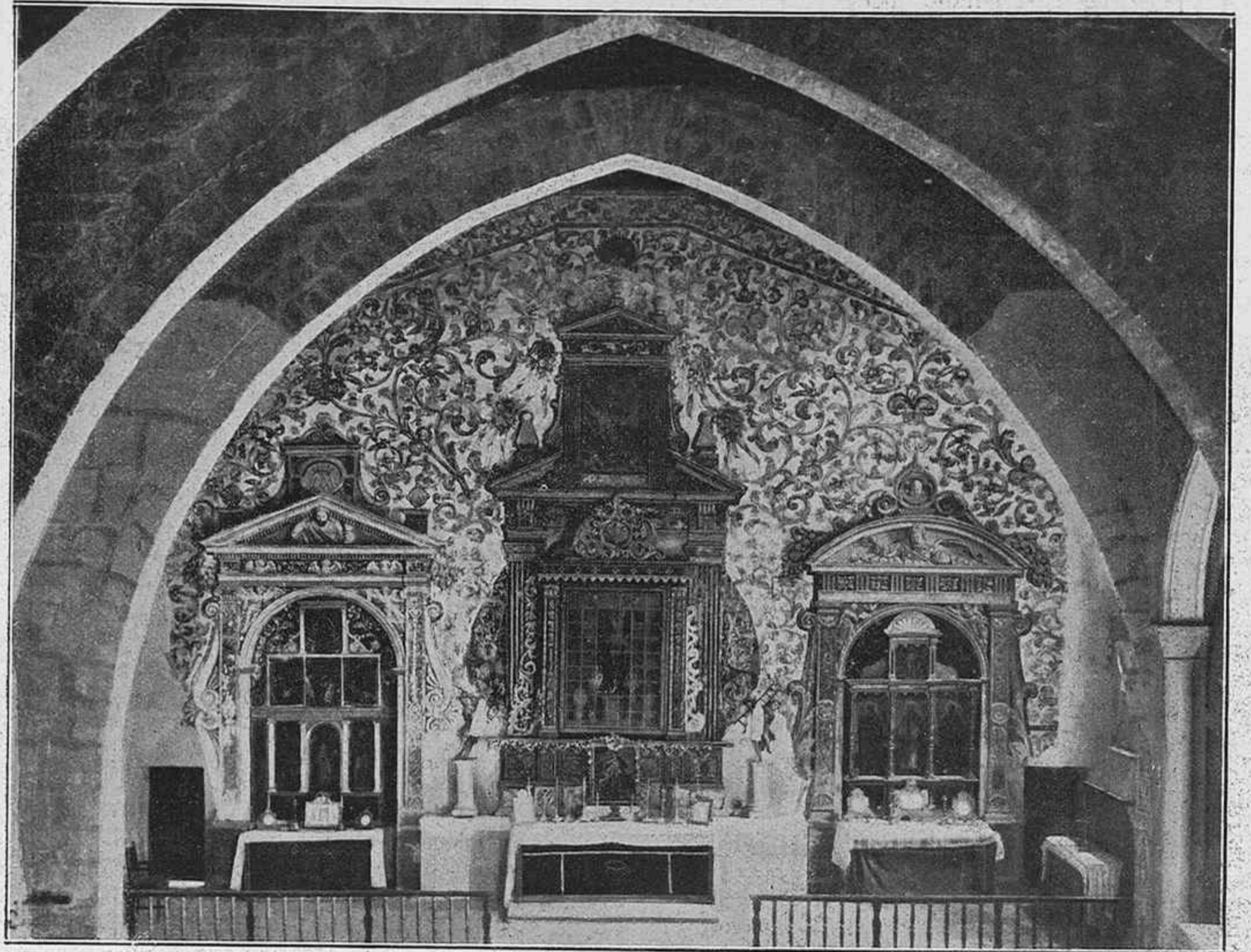
Discutióse largamente. El novelista no transigía. Puccini aseguraba que aquello formaba parte integrante de la partitura, razón por la cual no admitía atenuaciones.

Se mantuvo, pues, el criterio del libretista italiano, y en la noche del estreno el atrevido *kissing* pasó sin protesta.—S.

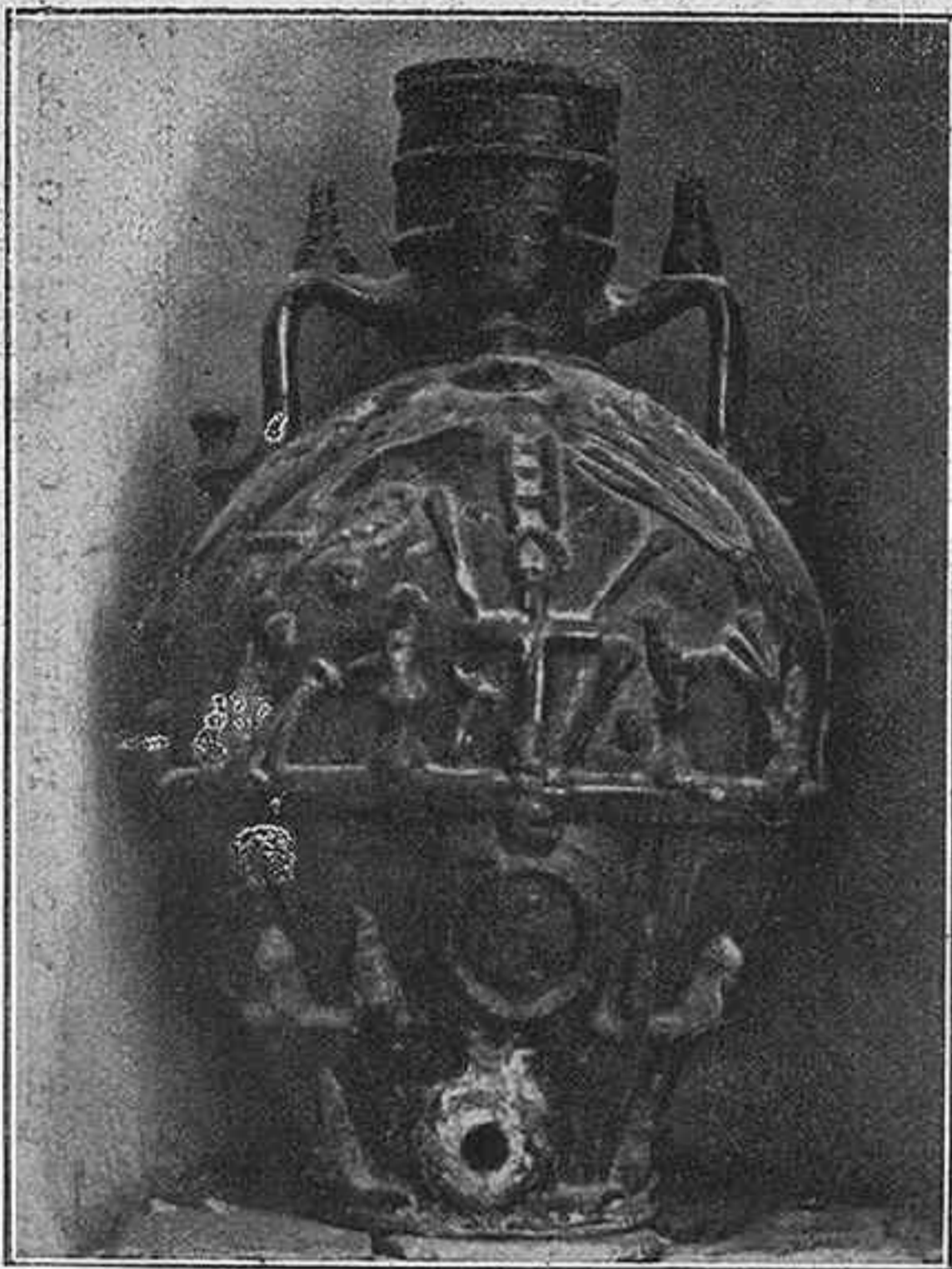
LA IGLESIA DE LA SANGRE, DE LIRIA (VALENCIA),
 RECIENTEMENTE DECLARADA MONUMENTO NACIONAL. (Fotografías de R. Moroder.)



Puerta principal



Vista del altar mayor



Cántaro que servía para lavarse las manos
 el sacerdote

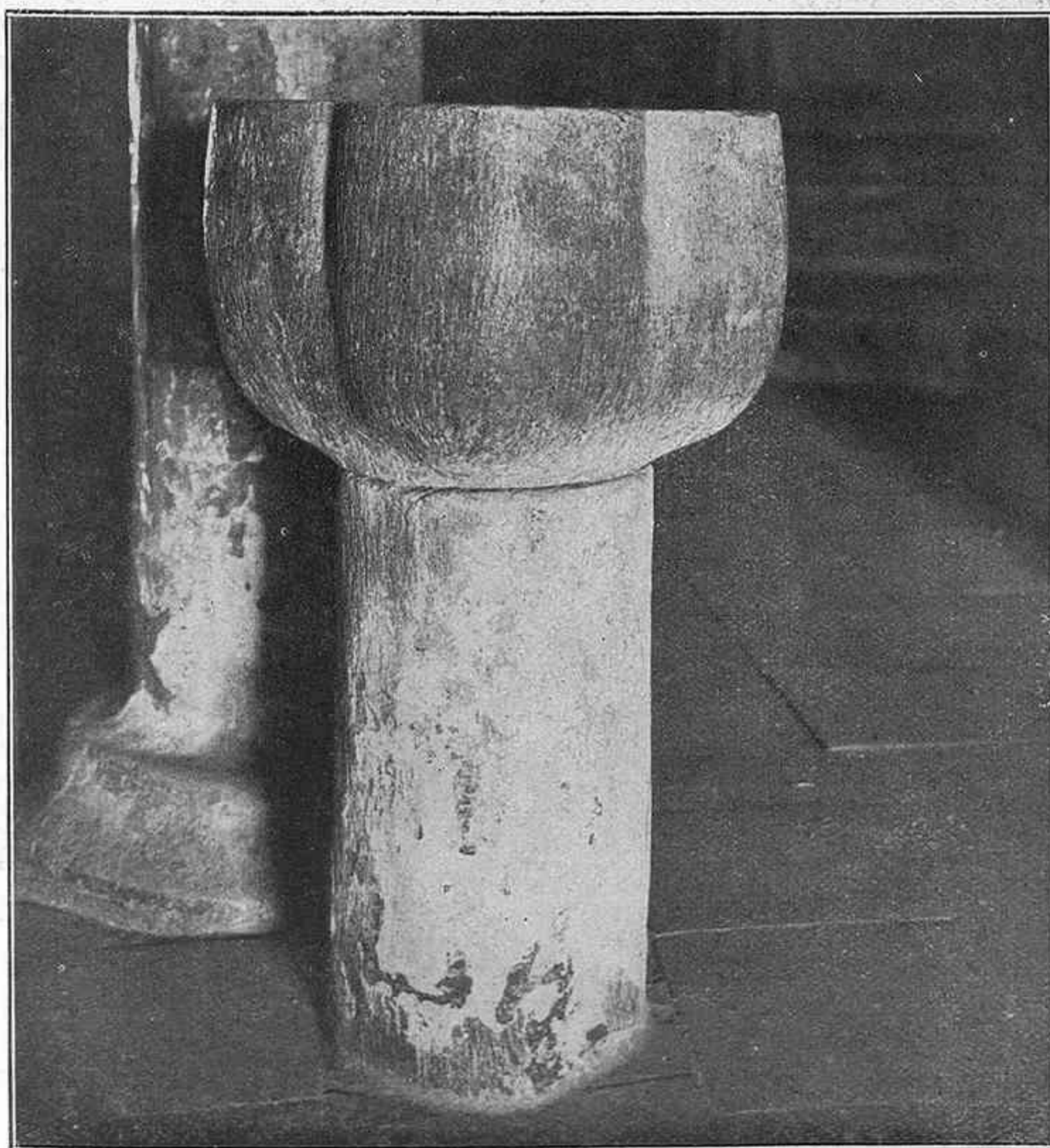
Esta iglesia es un bello monumento, espécimen interesante del arte románico en su transición al ojival. La portada forma triple arquivolta moldurada con sencillos baquetones y enriquecida con un escarlado; soportan los arcos ligerísimas columnatas góticas, no empotradas, como es lo más frecuente, sino separadas del muro.

El interior forma una sola nave con cinco arcos apuntados; entre éstos hay altares á un lado y otro y sobre ellos escudos nobiliarios.

En el primero, á mano derecha, se admiran dos lucillos de estilo gótico y un retablo, valioso por su antigüedad, con las imágenes pintadas de San Lorenzo y San Esteban y escenas de su martirio.

En el presbiterio, sin cúpula ni ábside, hay tres altares de frente, uno de ellos con un retablo de pinturas bastante apreciables.

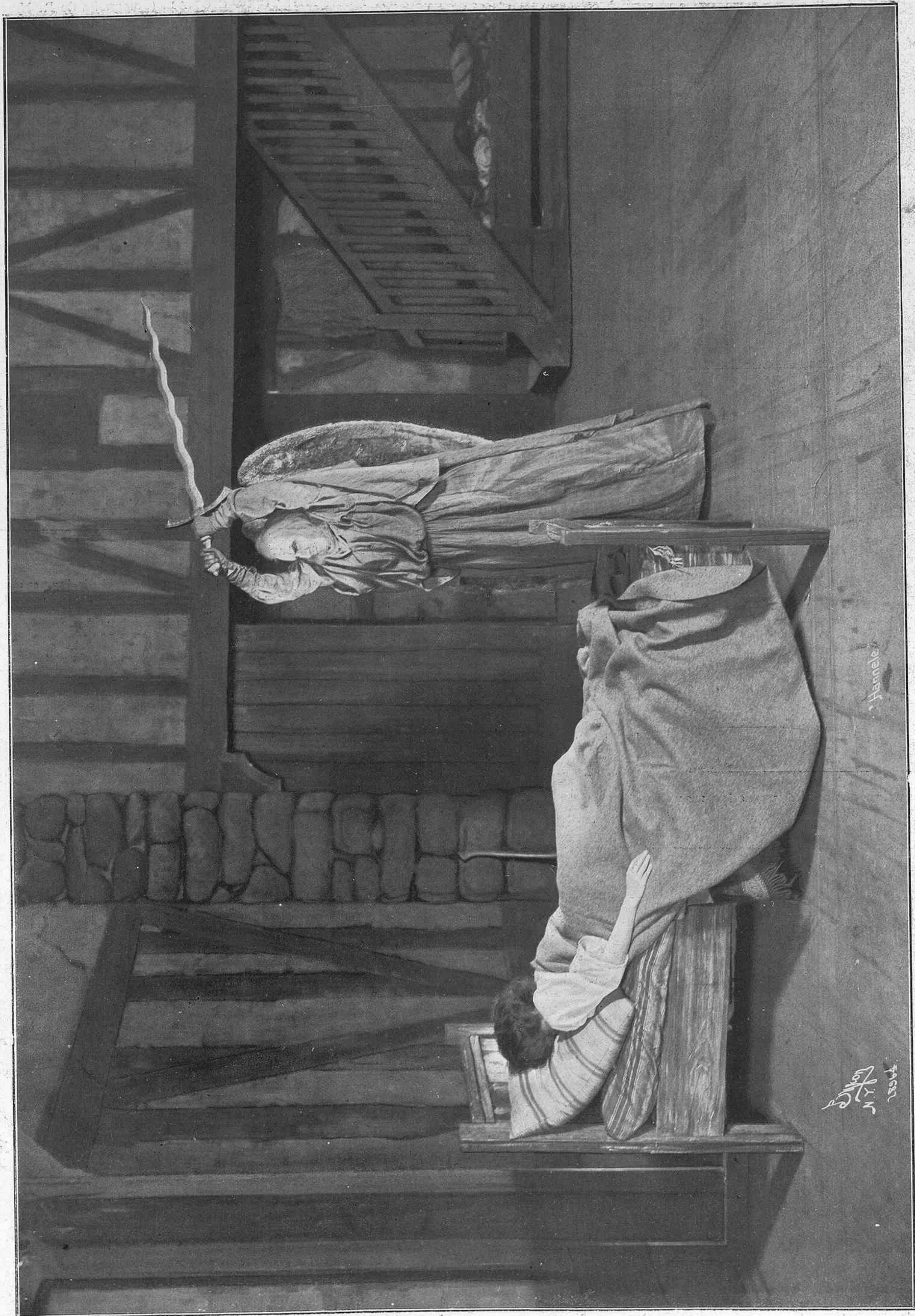
El púlpito de piedra, abierto en el muro, conserva el recuerdo de la predicación de San Vicente Ferrer.



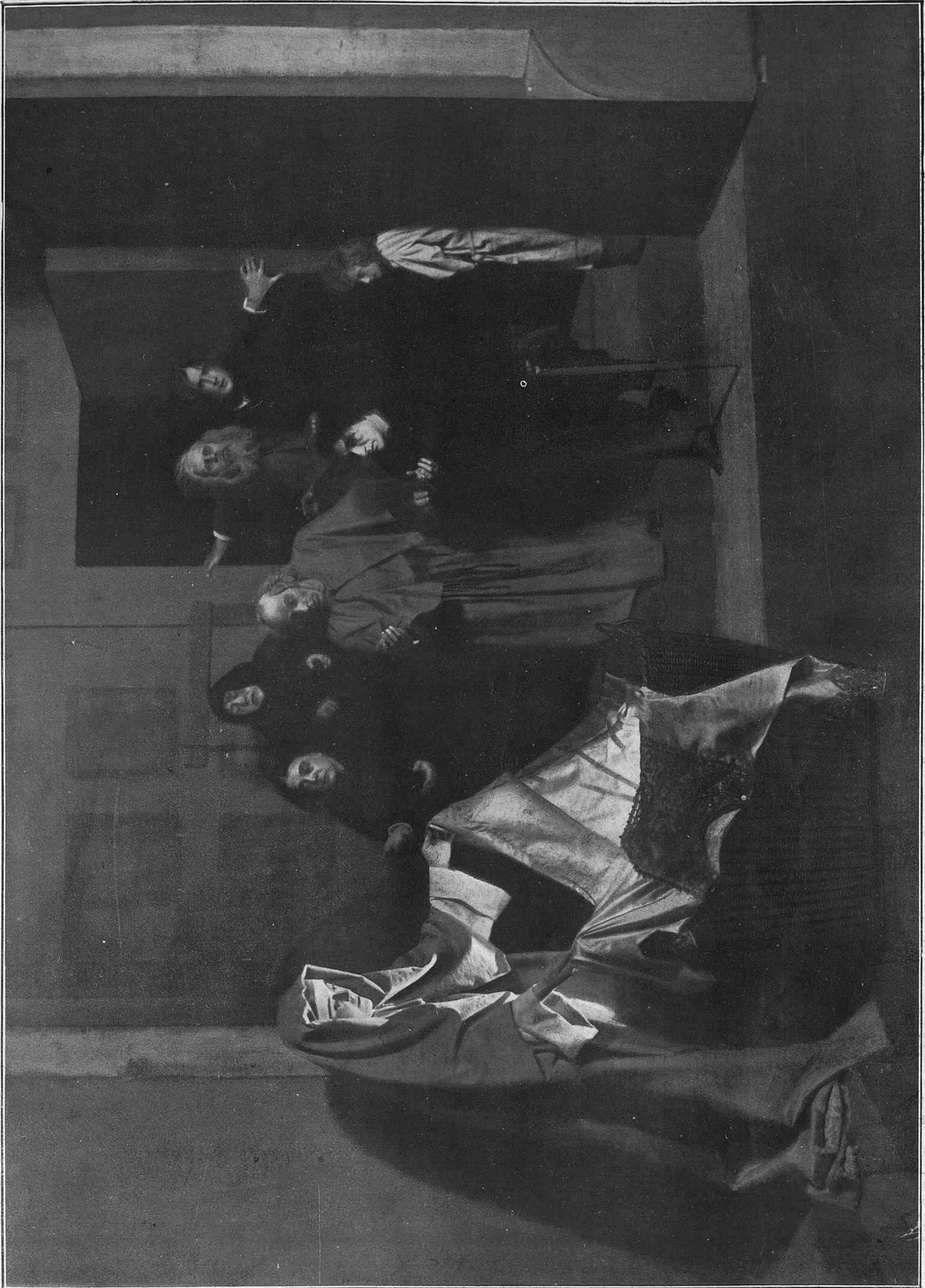
La pila del agua bendita



Retablo de un altar lateral



LA ASCENSIÓN DE HANELLE, ensueño dramático de Gerardo Hauptmann, tal como se representa en el Nuevo Teatro del Central Park, de Nueva York. (De fotografía de Byron.)
(Véase la descripción en la página 38.)



SOR BEATRIZ, leyenda dramática de Mauricio Maeterlinck, tal como se representa en el Nuevo Teatro del Central Park de Nueva York. (De fotografía de Byron.)

(Véase la descripción en la página 38.)

NUEVAS VÍCTIMAS DE LA AVIACIÓN

El año 1910 ha sido funesto para los aviadores, sobre todo en los últimos días de diciembre durante los cuales seis nuevas víctimas han venido á aumentar la larga lista que publicamos en el número 1511 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, á saber: Grace, Piccolo, Laffont, Pola, Caumont, Moisant y Hoxsey. Cecilio Grace, optaba al premio de cien mil francos del barón de Forest para la doble travesía del Canal de la Mancha; partió de Douvres á las nueve y veinticinco de la mañana del



El aviador Moisant, fallecido en Hărăhan, cerca de Nueva Orleans, en 30 de diciembre último. (De fotografía de Branger.)

22 atravesó el Canal y descendió en la planicie de las Baraques á las once y quince; á la una y media remontóse de nuevo en el aire y no se ha vuelto á saber de él. Nacido en Valparaíso, en 1888, Grace se trasladó más tarde á Inglaterra en donde hizo sus brillantes estudios; apasionóse luego por la aviación, tomó el título de piloto y se distinguió notablemente en los mítines celebrados el verano último en Bournemouth y Lanark.

Julio Piccolo, recién llegado á Sao Paulo (Brasil), había realizado el día 27 magníficos vuelos y evolucionaba á cien metros de altura. De pronto, el aeroplano perdió el equilibrio cayendo con rapidez vertiginosa; entre los restos del aparato yacía muerto el aviador. Piccolo era genovés, contaba treinta y cinco años y había obtenido el año pasado en Mourmelon el título de piloto.



El aviador Hoxsey, fallecido en Los Angeles (Estados Unidos) en 30 de diciembre último. (De fotografía de Argus Photo Reportage.)

Laffont, piloto jefe de una de las escuelas de aviación del campo de Chalóns, se había inscrito para el gran premio de 100.000 francos del Automobile Club de Francia y el día 29, acompañado de su discípulo Pola, propietario del aparato en que la prueba debía efectuarse, emprendió el vuelo á las nueve menos cuarto de la mañana; unos minutos después, el aparato caía desde una altura de 30 metros. Cuando los espectadores acudieron á socorrerles, Pola había muerto; Laffont murió á los pocos momentos. Laffont, nacido en 1884 en Fleurance, había estudiado en la Escuela Nacional de Artes y Oficios y comenza-

do en 1905 sus ensayos de aviación; desde junio de 1910 tenía el título de piloto. Mario Pola tenía veintitrés años, era natural de Gijón y se preparaba para examinarse de piloto aviador. En el aeródromo de Buc, el teniente Caumont efectuaba, el



El aviador Grace, fallecido en 22 de diciembre último (De fotografía)

día 30, un vuelo de ensayo; el aparato funcionaba perfectamente á una altura de 80 á 100 metros y á una velocidad de 100 kilómetros. De pronto, el monoplano empezó á dar cabezadas; el aviador, sin embargo, supo dominarlo y descendió en vuelo planeado; pero á pocos metros del suelo, para no caer en un estante, quiso precipitar el descenso y el aparato chocó vio-



El aviador Caumont, fallecido en el aeródromo de Buc en 30 de diciembre último. (De fotografía de Rol.)

lentemente contra el suelo. Recogido el aviador, fué conducido al hospital de Versailles, en donde falleció al poco rato. Jacobo de Caumont, nacido en la Jumeliere en 1882, había entrado en 1903 en Saint-Cyr, de donde salió en 1905; dos años después fué promovido al grado de teniente. Era uno de los oficiales más distinguidos del ejército francés, y hacía un año que se dedicaba á la aviación.

Juan B. Moisant, durante una prueba de la copa Michelin que efectuaba el día 30 en Hărăhan cerca de Nueva Orleans, cayó desde una altura de 30 á 40 metros, quedando muerto en el acto. Había nacido en Chicago, en 1875 y habiéndose dedicado á la aviación, que comenzó á practicar en Francia, realizó muchas proezas de algunas de las cuales dimos cuenta en el número 1496 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En el mitin de Belmont-Park, ganó el premio de la estatua de la Libertad.

El mismo día, en Los Angeles, moría de accidente otro aviador norteamericano, Hoxsey, que cuatro días antes había ganado el *record* del mundo de altura, elevándose á 3.474 metros. Como Moisant, efectuaba una prueba de la copa Michelin; su caída fué terrible, desde una altura de 100 metros. Hoxsey se había revelado como excelente aviador en el mitin de la copa Gordon Bennett y lo mismo en aquél que en el de Belmont-Park que ahora en Los Angeles había dado pruebas de temeridad.

NUEVA YORK

EN EL NEW THEATRE CENTRAL PARK

(Véanse las láminas de las páginas 36 y 37)

En el Nuevo Teatro del Central Park, de Nueva York, se han puesto en escena, entre otras obras del repertorio europeo, *La ascensión de Hannele*, de Hauptmann, y *Sor Beatriz*, de Mæterlinck.

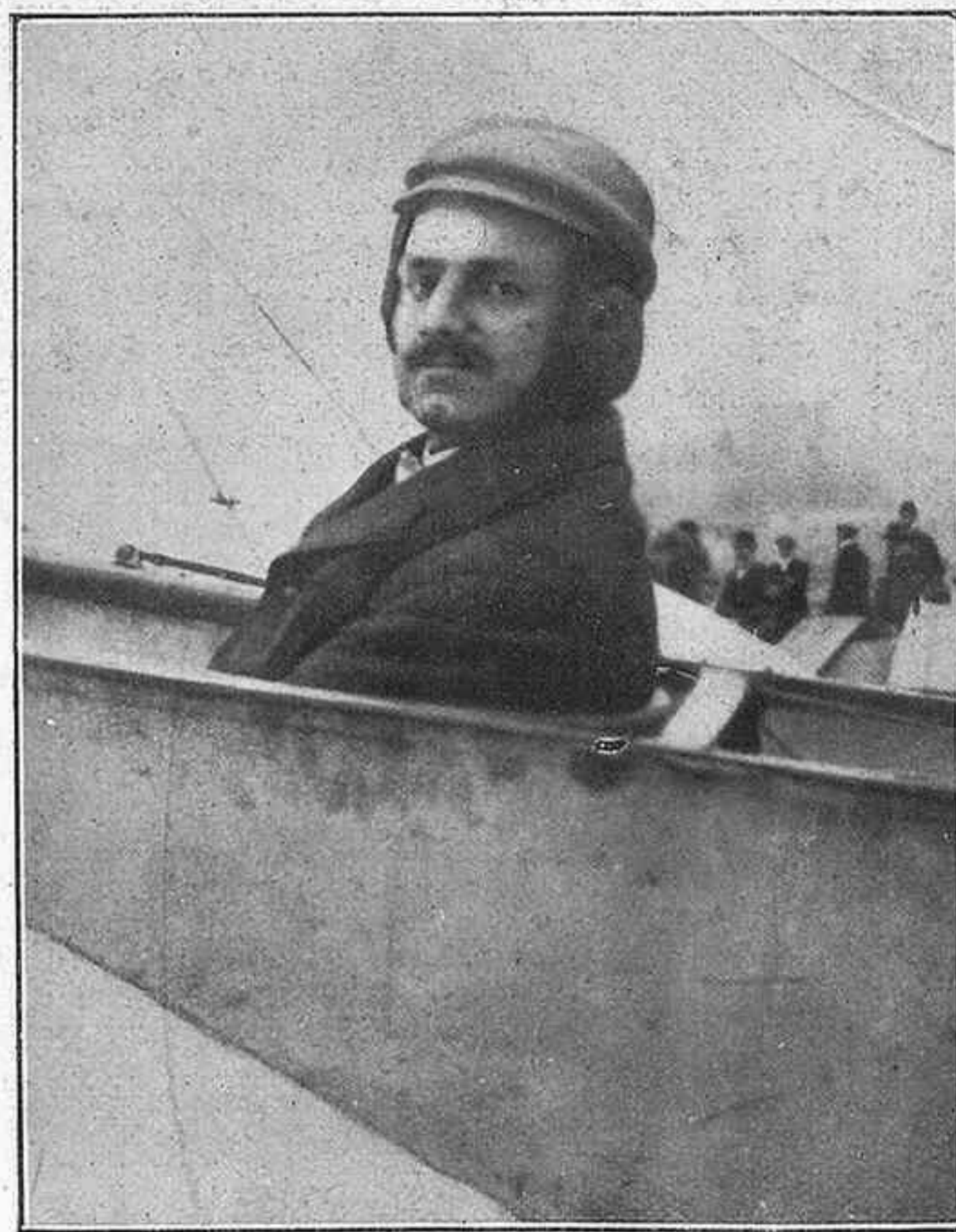
Hannele es una pobre niña que ha sufrido tanto, que intenta suicidarse arrojándose al río. Salvada cuando iba á morir, el maestro Gottwald la lleva á un asilo, en donde, excitada por la fiebre, su fantasía le reproduce los tormentos que le ha hecho padecer su padrastra, el borracho y brutal Mattern, cuya figura amenazadora se le aparece en sueños. Horrorizada por aquella aparición, Hannele se arroja fuera del icho y permanece

inanimada junto á la estufa; allí la recoge la enfermera Marta y la acuesta de nuevo; á los ojos de la niña, la enfermera se trans-



Los aviadores Laffont y Pola, fallecidos en el aeródromo de Chalóns en 29 de diciembre último. (De fotografía de Rol.)

forma en su difunta madre. Entonces la exaltada imaginación de Hannele le hace ver un espectáculo maravilloso que se va desarrollando en la escena: tres ángeles le cantan dulces canciones y otro, armado de flamígera espada, se coloca á los pies de su cama; el sastré del pueblo le lleva un precioso traje de novia; cuatro mancebos la encierran en un ataúd de cristal, y el maestro, en la figura del Salvador, la libra de su padrastra. Despierta Hannele de aquel sueño y entre los cantos de los ángeles desaparece la visión creada por la calenturienta fantasía; la pobre niña ha muerto, su vida se ha extinguido suavemente,



El aviador Piccolo, fallecido en San Paolo (Brasil) en 27 de diciembre último. (De fotografía de Argus Photo Reportage.)

La obra de Mæterlinck pasa en el siglo XIV en un convento de los alrededores de Lovaina. Sor Beatriz, después de rogar á la Virgen que la ampare contra el amor humano que siente y al cual sucumbe, deja á los pies de la sagrada imagen su velo y su manto y huye con el príncipe Bellidor. La Virgen desciende de su pedestal, toma la forma de Beatriz y hace las veces de ésta distribuyendo espléndidas limosnas entre los pobres. La abadesa, al notar la desaparición de la imagen, hace responsable de ella á la que cree Sor Beatriz y se dispone á castigarla cuando las correas de las monjas y el báculo se transforman en guirnalda de flores; ante aquel milagro, la comunidad cree santa á la monja. Mucho tiempo después regresa Sor Beatriz arrepentida y la Virgen le restituye su hábito y vuelve á ocupar su pedestal.

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

de orgullo la madre.—Esta niña va á ser el puente que nos comunique á los dos, el que salve la laguna de mi ignorancia...

ahorraría! Suspiró desconsoladamente y murmuró: —No puedo, Dios mío... ¿Qué será de nosotros?

—¿Le has sacado al tío muchas veces de apuros, papá?
—Siempre, respondió Gontrán con voz apagada.



Elsa le siguió con la mirada hasta verle desaparecer entre los árboles

Un estrecho abrazo del marido recompensaba la modestia y humildad de la esposa, á quien solía decir:

—Si Rita llega algún día á hacer tan feliz á su esposo como tú me haces á mí, ya pueden estar contentos los dos.

II

Habían pasado muchos años, llenos de paz y de alegría. Gontrán, arrellanado en la poltrona de su despacho, hojeaba una nueva obra que había recibido aquel día de su librero; pues los libros seguían siendo su locura. Recorría con ojos brillantes de satisfacción las frases laudatorias que había merecido, de otros eminentes colegas, su última obra científica, é involuntariamente confirmaba con la cabeza la opinión que leía, enderezándose de cuando en cuando y sonriendo lleno de legítimo orgullo.

Dejó el libro y tomó la última carta, que quedaba del correo, la cual abrió vacilante, como si temiera leerla. Y, efectivamente, como herido por un rayo, irguióse Gontrán un momento; luego apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, mientras clavaba su mirada llena de angustia en la terrible misiva. El cigarro se le apagó sin que se diera cuenta; contemplaba, sin verlos, los grandes tomos alineados, que habían sido su orgullo y su gozo, y que ahora le producían remordimiento. ¡Qué capital había empleado en ellos! Si lo tuviera ahora, ¡cuántas penas no se

—Papá, ¿qué te pasa?

Así dijo, plantándose delante del anciano, una muchacha esbelta y hermosa, vestida de blanco, un verdadero ángel de luz que, abrazándole cariñosamente, trató de levantar su cabeza.

Desde la terraza del despacho de su padre, Rita observaba, ya hacía rato, el cambio de actitud del anciano, sin atreverse á distraerlo; pero luego, temerosa, corrió á sacarle de su abstracción.

—Ea, señor sapientísimo, confíesele usted á su modesto fámulo cuál es ese arduo problema científico que ocupa en atención. Hasta ahora todos los ha solucionado usted satisfactoriamente, cubriéndose de gloria...

Y señaló un gran sobre casi cubierto de sellos.

—El problema del dinero, hija mía. Ya sabes que nunca he sabido echar cuentas; ésas estaban todas á cargo de tu madre, que es más práctica; pero esta carta... ésta cae fuera de todos los cálculos y de todas las previsiones. Rita mía; no debo ni puedo atosigar á la pobre mamá con esta nueva carga...

La joven cogió la carta, y su mano tembló al recorrer con la vista aquellas líneas, dictadas por la desesperación. Las letras bailaban ante sus ojos, y las frases retumbantes: «deuda de honor», «pérdida de carrera» y «suicidio» la trastornaban por completo. Tímida y vacilante preguntó la joven, recordando que no se había hablado nunca en su casa de la ilustre familia paterna:

Ahora comprendo que he hecho mal; que te he perjudicado á ti y á tu madre... Pero es mi hermano, Hoy no puedo ni debo ya salvarle; es jugador... ¡es un perdido! Y, sin embargo, esta letra falsa, con mi firma, puesta por él, es preciso pagarla... ¿Comprendes, Rita?

La joven asintió; le era imposible pronunciar una palabra, y conmovida apretó la cabeza del anciano contra su pecho. De pronto dijo, metiéndose furtivamente el sobre en el bolsillo y colocando papeles y libros ante su padre:

—¡Viene mamá! Aún hay ocho días de tiempo, y al fin no se trata de millones. Tu biblioteca bien vale unos cuantos miles de pesetas; conque tranquilízate, padrecito mío.

Abrióse la puerta del despacho y apareció en ella una señora gruesa y guapa, de rostro plácido, bondadoso, leal. Al ver la palidez extraordinaria del anciano dirigió una mirada interrogativa á Rita, la cual dijo serenamente:

—Me alegro que entres, mamá, pues todos mis sermones para hacer acostar á este caballero, que tiene una jaqueca terrible, son en balde.

Difícil hubiera sido hallar una pareja más opuesta que aquel matrimonio, que en su misma diferencia había hallado la felicidad y el complemento mutuo. Ambos cuerpos y ambos caracteres se habían combinado armónicamente en Rita.

—Ven, viejecito mío, dijo Rosa acercándose á su esposo, y sacando á éste con tanto cariño como deci-

sión de su butaca. Seguramente habrás trabajado y cavilado como un loco, y ya ves los resultados. Dale descanso á esa cabeza, mientras yo corro con el cuidado de tu cuerpo. Los sabios, cuando más discurras, tanto más os convencéis de que sólo estáis en los comienzos de vuestra sabiduría; en cambio nosotros, los seres prosaicos, sin rompernos tanto los cascos, sabemos lo que nos conviene. Y si no, mira: hoy justamente he hecho muy buen negocio; ha venido la mar de gente á merendar, y también se ha vendido mucha leche y muchas flores.

Siempre que la madre hablaba de los ingresos de la hacienda, D. Luis y Rita no podían dominar un sentimiento de disgusto; pero hoy abrazó la niña con gran efusión á Rosa diciéndole:

—Vales en oro lo que pesas, y desde hoy te prometo que tendrás una ayuda en esta hija tan torpe y tan inútil... Y ahora permitidme que vaya á arreglar la ermita.

Y sin esperar respuesta, la joven atravesó corriendo el huerto, mientras Rosa, extrañada por la actitud de su hija, se encaminaba á acostar á su marido y enviaba recado á D. Antonio.

* * *

Rita llegó á la ermita, que se hallaba aislada y oculta en el bosque; era su ermita, la cual se había comprometido á cuidar y adornar desde niña; y allá entró y se sentó, desconsolada, en las gradas del altarcito, á los pies de su Patrona, á releer la espantosa carta. En aquella capilla solitaria veíase Rita al abrigo de toda mirada indiscreta, y podía llorar y rezar á su antojo, y desahogar aquella grandísima pena que, á fuerza de energía, había logrado ocultar á los ojos de su madre. Allí nadie podía enterarse de la deshonra y de la amargura que amenazaban á su querido viejecito. ¿De dónde sacar aquel dinero? ¿A quién confiar aquella desgracia, si ella no conocía á nadie capaz de salvarlos?... Y además, ¿quién iba á prestarle semejante cantidad á tan largo plazo; pues pasarían muchos años antes de que ella pudiera devolverlo con su trabajo? Rita, desesperada, prorrumpió en sollozos ante la Virgen.

—¡Madre mía, sálvanos, ayúdanos! Tú, que sabes lo que es sufrir, no me desampararás; no permitirás que llegue á dudar de tu bondad ni de tu poder...

Exaltada por el dolor, continuó hablando la joven, ya en tono de mansedumbre y de súplica ya en son de amenaza, sin darse cuenta de lo que decía ni de lo que pasaba á su alrededor. El cielo se había oscurecido; el viento sacudía fuertemente los árboles, cuyas ramas azotaban las paredes de la ermita, y hacía rechinar la puerta con ruido estridente; la obscuridad reinaba en el reducido espacio de la capilla, iluminada sólo por una lamparilla de aceite, cuya luz temblorosa daba un tinte sonrosado al rostro bellissimo de la imagen sagrada. Rita no tuvo miedo cuando notó aquella violenta excitación de la naturaleza, que tan bien armonizaba con el estado de su ánimo.

De pronto sintió un estrépito formidable que hizo retemblar hasta los cimientos de la ermita, cuyos cristales sonaron como si se hubieran hecho pedazos. Aquello debía ser un rayo, sin duda... La joven se volvió hácia la puerta; un relámpago le hizo cerrar los ojos, pero no tan pronto que no notara, á su resplandor, que no estaba sola. Asustada entonces clavó los ojos en la persona que había visto: un joven, que, con el fusil al hombro y la canana bien provista, se inclinó ante ella:

—¡Ah! ¿Es usted, Cayetano?, exclamó Rita, respirando aliviada, pero roja como una cereza. ¿Qué susto me ha dado usted!

El joven vaciló antes de contestar.

—Pédone usted, Rita; mi indiscreción no ha sido voluntaria: la tormenta me ha obligado á refugiarme aquí...

—Entonces, ¿se ha enterado usted de todo? ¿habrá usted oído?...

Rita se cubrió el rostro con las manos y, deshecha en llanto, se dejó caer en las gradas del altar. El joven cazador avanzó unos pasos.

—No se apure usted, Rita, dijo con voz temblorosa, lleno de compasión, que no nos conocemos de ayer... Es verdad que cuando yo estudiaba latín y griego con su padre, era usted una niña, y ahora está usted hecha una señorita. ¿Yo no la hubiera conocido! Es la primera vez que entro en esta ermita, y no cabe duda en que la Virgen misma envió esta repentina tormenta para obligarme á buscar un refugio en ella y á ser su mensajero... Yo tengo mi bolsillo particular, Rita, en el que sólo interviene mi persona, y ése lo pongo enteramente á la disposición de usted. No es que pretenda ofrecérselo como regalo; cuando usted gane por su cuenta, puede de-

volverme el préstamo tal como usted misma se lo proponía á la Virgen, ¿Quiere usted fiarse de mí? Yo le ofrezco lo que pedía usted con tan ardiente súplica hace un momento, y ya ve á cuán poca costa puede usted devolver á su noble y generoso padre la tranquilidad perdida... Miré usted, ya sale el sol de nuevo; la luz vuelve á alumbrarnos y parece que hace sonreír á Nuestra Señora de satisfacción por su obra...

Cayetano no hubiera podido hallar palabras más convincentes. Rita le alargó la mano con los ojos llenos de lágrimas, y su boquita menuda se iluminó con una sonrisa de felicidad. Para un corazón sano, todavía en los albores de la vida, no hay mayor ventura que el poder confiar en sus semejantes. Así exclamó alborozada:

—Tiene usted razón; la Virgen ha tenido piedad de mí y nos ha enviado un ángel salvador...

Rita se quedó parada y miró avergonzada á Cayetano.

—Ángel, precisamente, no, dijo el joven; los ángeles llevan alas en vez de fusil y canana; pero eso no hace al caso. Dicho y hecho: mañana á esta misma hora estaré aquí y le entregaré lo convenido, á condición de que sea un secreto entre los dos.

—¡Eso no puede ser! dijo vivamente Rita. Claro es que se lo ocultaré á mamá; pero á papá se lo diré en seguida. Además, hay que hacer un recibo de la cantidad prestada, en el que constará que la biblioteca le pertenece á usted hasta que yo pueda redimirlo con mi trabajo. Estoy estudiando para maestra, y espero poder pronto ganar dinero. Mañana mismo vendré con el recibo... Y ahora, ¿cómo mostrarle á usted mi gratitud? Usted nos ha salvado de una desgracia horrible en la que quizás le iba á mi padre la vida. Está malo del susto que le ha producido la carta; pero con la noticia que yo le llevo recobrará la salud. Me voy corriendo á decírselo...

Arrodillóse Rita ante la imagen, murmuró una ardiente oración de gracias y salió de la ermita. Cayetano la acompañó hasta la salida del bosque, donde se separaron dándose un vigoroso apretón de manos y diciéndose un «¡Hasta mañana!» que alegró ambos corazones.

El paisaje era encantador; el ambiente estaba diáfano, limpio, purificado por la tormenta; la hierba y las hojas de los árboles, salpicadas por la lluvia, brillaban como cuajadas de brillantes; los pajarillos entonaban, después del susto pasado, sus cantos de gratitud y bienestar.

La joven atravesó como una gacela el espacio que la separaba de su casa, la cual parecía como recostada al pie del monte, á media hora de la villa de Alameda. Antiguamente había sido la finca una de las posesiones más ricas y extensas del país, y así lo atestiguan las vetustas ruinas del castillo, que hablaban elocuentemente de su pasado esplendor. Ahora, gracias al trabajo y al orden de la dueña de la casa, ésta era una hacienda floreciente, con no poco sentimiento del padre y de la hija, mucho más artistas que Rosa. Ésta recibió á Rita con muestras de desagrado diciéndole:

—Ya era hora, hija: estaba muerta de miedo... No sé qué habilidad tienes para desaparecer cuando más falta haces; y sobre todo hoy, que tu padre ha tenido un ataque terrible... Y encima ha venido la señora de D. Carlos, que á nadie entiende sino á ti. Y ¡qué cara traes! ¿Qué te ha ocurrido?

La joven, sin responder, quiso reconciliar á su madre con un beso; el corazón le estallaba de gozo. Rosa añadió:

—Anda, anda; vete á mudarte, que vas á coger un catarro... Pero sin despertar á tu padre, que ha estado peor que nunca: ha delirado, hablando de dinero, de deshonra, de papeles..., ¡qué se yo!, de cosas que no le van ni le vienen: mientras yo viva quiero verle libre de esos cuidados y preocupaciones... D. Antonio ha exigido el más completo reposo, conque ten mucho cuidado...

Rita pasó el día siguiente trabajando sin parar y deseando alas al tiempo. Cuantas veces intentó acercarse á la alcoba del enfermo para darle la buena noticia, se lo impidió la presencia de su madre. Por fin llegó la hora de la cita, y la joven no sabía darse cuenta de si era la alegría de volver á ver á su salvador, la gratitud ó el anhelado dinero lo que la llevaba como una exhalación á la ermita. Cayetano no estaba.

—¡Madre santísima! ¿Cumplirá su palabra? ¿Vendrá como dijo?, murmuró la joven, mirando angustiosamente á la imagen de María.

—Ya estamos aquí, dijo una voz á su espaldas. Rita, vamos á nuestro asunto.

La joven le entregó la carta y la letra falsificada, y dijo llena de vergüenza:

—No he podido traerle á usted el recibo, como

era mi deseo; porque me he encontrado á papá bastante mal. Pero...

—No importa; no lo necesito, interrumpió sonriendo Cayetano.

—¡Qué bueno es usted! Nunca olvidaré lo que hace por nosotros.

—¿Y si yo no quisiera que usted me lo agradeciera, y, en cambio le pidiera algo que creo mil veces más precioso?, preguntó el joven poniéndose grave. Rita le miró asustada y dijo:

—¿Qué puede usted pedirme, si yo no tengo nada ni poseo cosa alguna que valga dos cuartos?

—Eso mismo que le ofrecía usted á la Virgen, á cambio de su ayuda: su cariño y su confianza para siempre... No, no se asuste usted; yo me los iré conquistando poco á poco y esperaré con paciencia que usted me los otorgue de buena voluntad. ¿Podré conseguirlos algún día, y me permitirá usted verla y hablarle alguna vez?

Rita, confusa, interrogó con la mirada el dulce rostro de la Virgen, como preguntando si obraba bien al conceder aquellas entrevistas en su santuario; pero recordó que la Virgen misma le había enviado á Cayetano para su consuelo, y, por tanto, no podía oponerse al cumplimiento de tal deseo. Alargó, pues, la mano al joven sin decir una palabra; ambos se arrodillaron luego un momento ante su protectora y salieron de la capilla.

III

La silenciosa villa de Alameda estaba transformada; las fiestas se sucedían sin reposo, y toda la comarca acudía á ellas con alborozo, ya para obsequiar á la comisión extranjera que había venido á inspeccionar la riqueza de las minas, ya para festejar el regreso del ingeniero D. Carlos Miranda, que llegaba de ampliar sus estudios en Alemania y venía casado con una encantadora rubita de aquellas tierras del Norte.

Carlos había quedado huérfano de padre y madre en los primeros meses de su vida; pero no había carecido de amor ni de cuidados: su tía Juana suplió fiel y abnegadamente á la madre, tal como se lo había prometido á ésta en los últimos momentos. Había sacrificado al sobrinito su juventud y sus amores, por exigir su celoso prometido que se separara definitivamente del huérfano. La crianza y educación de éste, llenaron toda la vida de doña Juana, que se creía recompensada de sus desvelos y sacrificios con las caricias de aquel hijo de su hermana y con que éste, estrechándose contra ella, la llamara: *su mamita*. Para el pequeñuelo no había triunfo más grande que una alabanza de su tía, ni mayor disgusto que una censura. Doña Juana fué después, para el adolescente, el ideal de la belleza, de la elegancia y de la perfección femeninas, y éste á su vez, para la solterona, el orgullo y la alegría de su vida, especialmente desde que obtuvo el título de ingeniero. Toda la ambición de la tía se cifraba en casarle con su ahijada, la encantadora Emilia; pero en este asunto y por primera vez, halló en ambos jóvenes una resistencia inexplicable. La fraternal amistad que unía á los muchachos y las confianzas que se hacían mutuamente, habían sido interpretadas por doña Juana como amor, el amor que tanto deseaba ver inflamarse entre sus queridos niños, y ni un momento pudo sospechar que Carlos fuera el confidente y protector de los amores de Emilia con Alfonso, su amigo. Emilia en cambio, consiguió de la madrina el permiso para que Carlos pudiera continuar sus estudios en el extranjero. A todos estos desengaños hubo de resignarse la tía Juana; y un día, cuando menos lo esperaba, le reveló Carlos que se había prendado de una joven alemana, y le pedía á su *mamita* que consintiera en este casamiento y le diera la bendición.

—No, eso sí que no lo consiento, dijo la tía con dureza. ¿He merecido yo que me traiga á casa una extranjera, cuyo modo de ser y de sentir ha de ser tan diferente del nuestro? ¿Ya le tengo rabia á esa chiquilla por haberse atrevido á robarme el cariño de Carlos!

Esta censura iba enderezada á Emilia, que hacía tiempo conocía el secreto de tales relaciones. La joven dejó que la tía desahogara su enojo y su pena tranquilamente, pero se decidió á ayudar á su amigo venciendo la oposición de la madrina. Ésta continuó:

—¡Y aún pretenderá que una vieja como yo aprenda esa lengua de perros!... Créeme, Emilia; yo estoy ya de sobra... ¿Cómo que no? Acaso no me consideran como un estorbo, cuando dice que mandará disponer los graneros para que les sirvan de habitación?

—Pero eso, precisamente, es por evitarte molestias y trastornos, observó Emilia, aunque poco satisfecha de la decisión de Carlos. Así te evita el contacto íntimo con Elsa, á quien, de este modo puedes ver sólo cuando te plazca ó te convenga. La galería de crista-

les une y separa á la vez las habitaciones, de manera que no hay por qué alarmarse ni temer nada de lo que dices. Al fin, la misión de tu vida se ha reducido siempre á hacer feliz á Carlos, y si éste halla la felicidad en su unión con Elsa, ¿vas á destruir tu propia obra por un mísero egoísmo? Con tal que la muchacha sea la mitad de buena de lo que dice Carlos, ya basta; ella tratará de resarcirte con creces por el disgusto que te causa involuntariamente. El cariño os separa pero también el cariño volverá á unirlos. En vez de pasar el tiempo en inútiles reconvenções debíamos ocuparnos en preparar á los novios un recibimiento lucido; aún nos queda mucho que hacer...

Emilia, durante todos aquellos días, logró disipar la tristeza de doña Juana y contestar debidamente á sus quejas y reproches, hasta conseguir que la madrina prometiera recibir á su sobrino con aparente tranquilidad. La joven, en cambio, estaba loca de alegría y de entusiasmo; se había propuesto disimular con su animación la frialdad y reserva que acostumbraba mostrar la solterona cuando alguien no era de su agrado.

—A esa pobre novia hay que recibirla con un saludo de su tierra, se decía Emilia; pues es seguro que la tía estará hecha un carámbano, y eso, por lo pronto, me parece que no podré evitarlo...

Amaneció el día de la llegada. La casa estaba adornada de flores y rebosando gente. Paró un carruaje; Carlos saltó á tierra, ayudó á bajar á su mujer y, poniendo á ésta en brazos de su tía, estrechó á ambas contra sí. ¿Seguiría la señora tan hostil? Al parecer no; sólo Emilia advirtió el beso helado con que doña Juana saludó á Elsa, el abrazo frío y seco con que llenó exteriormente las formalidades de costumbre, y la reverencia con que contestó á las balbucientes palabras de la alemanita.

¡Qué diferente fué el recibimiento que hizo á su sobrino! Para no dar lugar á que la recién llegada advirtiera estos detalles, Emilia la besó y abrazó efusivamente mientras le decía en alemán:

—Te quiero mucho, y Alfonso es tu amigo...

Estas pocas palabras le habían costado á Emilia un trabajo ímprobo; pero la expresión de agradable sorpresa de la carita pálida y conmovida de Elsa, le recompensaron con usura, y su gracia y su alegría, secundadas por la jovialidad de Carlos, hicieron muy agradable aquella primera fiesta, amenazada de aguar-se por la gravedad y el despegue de doña Juana.

A Elsa le costó no poco trabajo amoldarse á su nueva vida, tan diferente, en todo, de la de su país; y mucho más por las dificultades que hallaba en el idioma. La joven había creído que poseía medianamente el español, y ahora se hallaba con que le era imposible conversar en esta lengua, y que á pesar de sus esfuerzos, no lograba expresarse sino muy defectuosamente.

Doña Juana recibía las atenciones, de Elsa con su frialdad de costumbre; pues, desconfiada y terca, sólo veía en ellas el cálculo y la diplomacia de la extranjera; pero gracias al empeño y á la constancia de Emilia, logró vencer, poco á poco, los prejuicios y rarezas de su madrina.

Pasó el rigor del invierno, y en febrero estaban los almendros cuajados de flor. Elsa, en vez de subir con su marido á las empinadas montañas, hubo de conformarse con pasear del brazo de Carlos por la hermosa alameda, como los otros matrimonios sensatos de la población. A veces le acompañaba largo trecho de camino, cuando el ingeniero se dirigía al puente cuya construcción le estaba encomendada; y el tiempo que duraban aquellas ausencias lo pasaba esperando en la pintoresca casa de doña Rosita, en donde merendaba un trozo de jamón y la succulenta tortilla que ésta le preparaba.

En estos paseos conoció Elsa á Rita, de quien se mostraba entusiasmada y á quien rogaba siempre que le hiciera un rato de compañía. Elsa creía no haber visto nunca una belleza más perfecta ni una naturalidad más encantadora que las de aquella hija de la montaña, que á una gallardía y una gracia especiales, juntaba unos modales tan distinguidos y una delicadeza como si hubiera nacido en un palacio de príncipes.

—Carlos, solía decir Elsa á su esposo, si yo fuera hombre me hubiera enamorado como un loco de esa preciosa chiquilla.

—También á mí me hubiera gustado si no hubiese conocido á una alemanita rubia como el oro. Te advierto que Rita es la flor del valle por lo bella, y que canta como una alondra. Me alegraría que se casara pronto y bien, y no será difícil porque á los franceses é ingleses de las minas les gusta mucho hospedarse aquí.

—Y ¿cómo es que no la he visto en ninguna reunión de las que frecuentamos, siendo tan bien educa-

da y tan modosa? Rita no es mujer para un hombre vulgar...

—Bien se ve que no conoces la ridícula presunción de las mujeres de nuestra sociedad: su vanidad y su estupidez sin fin, les hace desdeñar el trato con una mujer que trabaja y se afana para procurar á su marido el famoso Goñrán, una vida cómoda é independiente, consagrada exclusivamente á la ciencia y al estudio. Y por cierto, dicen que se halla bastante delicado y desearía visitarle. Los padres vivirán felices en su aislamiento pero la joven debe sufrir en esa situación indeterminada, aunque demasiado orgullosa para confesarlo.

—¿Tiene novio?

—Sí, un compañero mío de colegio; el agricultor más rico de Liébana. Tú crees que esa muchacha no está en armonía con la posición que ocupa; pues lo mismo creen otros, pero en sentido inverso: aseguran que el novio se rebaja casándose con ella y que éste nunca obtendrá el consentimiento de su madre para la boda.

—Y ella, ¿le quiere?, preguntó Elsa siguiendo con la vista la gallarda figura de la joven.

—No lo sé... Dicen que él la quiere apasionadamente, casi tanto como yo te quiero á ti; por lo cual creo que merecía también ser correspondido.

—Sí, pero no incondicionalmente; pues si su corazón ama á otro, el cariño de tu amigo será para ella una carga.

—Ahí tienes al pretendiente, y puedes juzgar por cuenta propia; mas no por eso te olvides de comerse esa exquisita tortilla, antes de que se enfríe.

—La muchacha no le quiere, por lo visto; pues le saluda tranquilamente como á todos los que llegan. Creo que no debe casarse con él.

—¡Qué disparate, chiquilla! ¿Te figuras que en España están permitidas entre los novios esas demostraciones públicas de cariño como es costumbre en tu tierra? Aquí se desacreditaría la muchacha para toda la vida...

—Eso es asunto de costumbres, contestó Elsa; pero tampoco he observado en Rita ese brillo de la mirada, ese cambio de color, ese sentimiento espontáneo que sale á la cara aunque no se quiera, y vende al más disimulado. Fíjate en él y compara la expresión de ambos. ¡Pobre alondra! Me parece, que te van á estropear la voz con esta boda...

—Pues yo creo lo contrario; precisamente lo que veo, me prueba que estoy en lo cierto, y en este punto vemos más claro los hombres que las mujeres. Acaso la obliguen á estar reservada las circunstancias excepcionales de ambos; la resuelta oposición de la madre del novio y los chismes y cuentos de las comadres, que nunca escasean. Si le fuera indiferente le habría recibido de otra manera.

¿Advirtió Rita que era objeto de la conversación del matrimonio? Ello es que miró á Elsa y se puso roja como la grana, y después de pasarse la mano por la frente como queriendo alejar los pensamientos tristes que la embargaban, se recogió los bucles rebeldes y, apartándose un poco de su novio, señaló á los huéspedes, en los que aquél no había reparado ni parecía querer hacer caso.

—No puedo ni quiero esperar ya más; es inútil, le oyó decir Elsa en tono resuelto. La que ha de ser mi mujer no necesita servir á nadie. Dentro de poco tendrás tu propia servidumbre, y ya podrías tenerla si no fuera por tu terquedad. Dime que sí, Rita; deja que vaya á hablar con el señor cura, ó acompáñame tú...

—Todos los sábados me dices lo mismo, y siempre tengo que contestarte igual, por mucho que me duela; pues no veo que las circunstancias varíen... Si hablas con tu madre, será capaz de renegar de ti y de maldecirme á mí; y si hablo yo con la mía, me obligará á ceder á tus instancias; de modo que sólo me queda el recurso de callar y esperar.

—La verdad es que te quiero demasiado, demasiado... murmuró el joven con tristeza.

Rita, esquivando hábilmente la observación de Elsa, estrechó la mano de su novio y dijo:

—Gracias, Cayetano mío.

La mirada que acompañó á sus palabras se perdió tanto para Carlos como para su esposa.

—Sí, Rita, ya te entiendo; siempre que cedo á tu voluntad me demuestras cariño: creo que llegarías á acariciarme con tal que te dejara libre y renunciara á tu posesión. En cambio, cuando insisto en la boda, tengo que mendigar como un pordiosero la menor muestra de afecto.

—¿Quieres que hagamos la prueba?, preguntó la joven entre chancera y suplicante.

—No, no, respondió el mozo asustado. El que se atreviera á acercarse á ti á disputarme tu cariño, moriría á mis manos, fuera ó no con tu permiso. Tendré paciencia, Rita mía; pero Dios te perdone si me obligas á hacer algún disparate.

Casi ahogado por la emoción, volviéndose el joven hacia la puerta, y al ver á Carlos, acercóse á la mesa y dominando su agitación le dijo:

—Por poco me voy sin saludarte...

—Mucho lo hubiera sentido, contestó el ingeniero alargándole ambas manos. Ya sabes que fuimos siempre amigos desde la escuela, y más de un palmetazo te has cargado tú por cuenta mía. ¡Qué lástima que no tengamos aquí á Alfonso! Entre los tres podríamos recordar nuestras travesuras de chiquillos. Ya debías haber venido á casa á saludar á mi mujer, á quien tengo el gusto de presentarte... Querida Elsa, aquí tienes al que faltaba en el triunvirato.

—Sólo con la diferencia de que yo soy de madera más basta que los otros dos, y de ningún modo trato de levantarme á la misma altura que estos caballeros...

—No comprendo á qué viene esa exagerada modestia, querido Cayetano, contestó Carlos levantando la voz para que pudiera oírle Rita. ¡Ya no falta más sino que me llames «D. Carlos!»

—Pues ese era mi propósito, contestó Cayetano; porque lo mejor es cortar desde luego por lo sano y de una vez...

Carlos fingió no haber oído la segunda parte.

—¿Qué tal están tu madre y tu prima? ¡Angelical criatura que nos libró de tantos castigos! ¿Se ha casado?

—No, no quiere casarse; tiene calabazas para todos.

—Quizás algún amor secreto...

—No sé..., es fácil, respondió Cayetano con indiferencia.

—Pues saludala de parte mía; un día de estos irá á tu casa á invitaros á que asistáis á nuestras reuniones, en las que se pasa bien el rato.

Mientras hablaban ambos jóvenes, Elsa tuvo tiempo de examinar á Cayetano, cuyo tipo varonil y gallardo resaltaba aún más con el airoso traje de pana, y cuyo rostro moreno, de facciones enérgicas, debía agradar forzosamente á la hermosa «flor del valle.»

Carlos llamó, hiriendo su vaso con el cuchillo, para pagar el gasto de la merienda; pero antes de que pudiera llegar Rita, que vacilaba en acercarse, púsose en pie Cayetano, como picado por una tarántula, y dijo:

—¿Qué deseas? Yo mismo te lo traeré, pues tengo bastante confianza en la casa...

—Una botellita de lo mejor que haya en la cueva para brindar á nuestra amistad, y la cuenta: ya es tarde y tenemos que volver.

Cayetano dijo entonces á Rita, que, por fin, se había decidido á llegarse á la mesa:

—Haz el favor de llamar al mozo para que sirva á D. Carlos.

Rita obedeció, sin levantar la vista, y poco después apareció el hortelano con una botella de tostadillo. Carlos pagó la cuenta.

—¿Le gusta á usted este vino, señora?, dijo Cayetano. Es de la propia cosecha, el orgullo y el mimo de cada casa, en cuya elaboración trata de aventajar un labrador al otro, á fuerza de cuidados y esmero.

Elsa contestó sonriendo que lo encontraba exquisito, como exquisitas le parecían también otras muchas cosas de la tierra.

—¿Qué te parece, Cayetano, si nos viéramos en esta casa más á menudo? Yo forzosamente he de pasar por aquí todos los días, y mi mujer me acompaña casi siempre. Citáramos también á Alfonso y Emilia; tú podrías traerte á tu madre y á tu prima y...

—Mi madre y Silvia no vendrán. Además, esto está para ellas muy lejos; ya os visitarán en vuestra propia casa, mañana mismo, si pueden...

Y despidiéndose del matrimonio salió de la hacienda. Elsa le siguió con la mirada hasta verle desaparecer entre los árboles; luego buscó á Rita, que, apartada sin ser vista de nadie, había oído toda la conversación y asistido á la despedida de Cayetano con los ojos clavados en su novio. Demasiado sabía ella por qué no vendrían á la «Casona» la madre y la prima de su novio, primeramente, porque las comía la soberbia, y luego por no fomentar aquellos amores «disparatados» de su hijo. Silvia adoraba á su primo con toda la vehemencia de su alma; era huérfana, y había sido recogida muy pequeña aún por sus tíos, los padres de Cayetano. Éste trató á la primita como un juguete, y la niña se sometía gustosa á todos los caprichos y exigencias del travieso muchacho, feliz con poderle evitar un castigo ó proporcionarle una golosina. Cayetano acostumbróse á esta sumisión como si fuera la cosa más natural del mundo; veía en Silvia una hermana á quien se puede fastidiar, de quien se puede disponer y por cuya suerte debe velarse constantemente; pero que no entra para nada en los proyectos del corazón.

(Se continuará.)

EL «ROUND» QUE JAMÁS OLVIDARÉ

El periódico de deportes parisiense «La Vie au grand air» ha practicado una información en extremo interesante cerca de los grandes campeones del boxeo para conocer cuál ha sido durante su carrera el «round» que les ha dejado el recuerdo más imperecedero. Considerando que el asunto, por su índole y por la forma amena en que está desarrollado, puede agradar a nuestros lectores, publicaremos en este y en sucesivos números los artículos que el citado periódico ha insertado como resultado de esa información.

Es indudable que los boxeadores, en el curso de su carrera, a pesar de los numerosos combates en que han tomado parte, la abundancia de rounds que han oído proclamar y la multitud de *time* y de *seconds out* que han sonado en sus oídos, han conservado en su memoria, más vivo que otro, el recuerdo de un *match* y aun de una acometida especiales. Cuando piensan en el pasado, aquel momento es el que acude en seguida a su mente y el que sintetiza todas sus hazañas. Conocer este recuerdo era cosa interesante y a ello se ha dirigido nuestra información, cuyos resultados comenzamos hoy a publicar, confiados en que serán leídas con gusto las respuestas de los principales *prize fighters*, por las cuales los *sportmen* conocerán lo que piensan los atletas y verán que debajo del músculo, detrás de la fuerza, hay casi siempre un cerebro pensante.

RESPUESTA DE
JUAN L. SULLIVAN

En el curso de mi larga carrera, sólo una vez he sido derrotado, el día en que luché con Jacobo J. Corbett en Nueva Orleans, el 7 de septiembre de 1892. Bien es verdad que yo hubiera debido evitar este fracaso y darme cuenta de que, habiéndome retirado del *ring* desde hacía algún tiempo y no teniendo ya la agilidad de mi primera juventud, érame imposible vencer a un hombre que entonces se hallaba en la plenitud de sus facultades. Confieso que hice mal en entrar de nuevo en el *ring* para aquel combate, ya que no sólo había traspuesto la edad en que los campeones del puño están en el apogeo de su carrera, sino que además habíame descuidado en absoluto. Ahora puedo decirlo; había abandonado todo entrenamiento y cometido algunos excesos con demasiada frecuencia, y aunque conservaba toda la fuerza que, en otro tiempo, me permitiera conquistar el primer puesto entre los boxeadores, no tenía la flexibilidad y el corazón de antes.

Corbett, por el contrario, era entonces un virtuoso del *ring* que luchaba a menudo, seguía un régimen riguroso y trabajaba encarnizadamente. Y esto no obstante, pude alcanzar veinte *rounds* antes de llegar a la acometida de la cual he conservado el más violento y peor recuerdo de mi existencia de pugilista cansado y quebrantado.

Efectivamente, en el *round* vigésimo primero fui derrotado por vez primera en mi vida. Ataque con mi brazo izquierdo, mas no pude tocar a Corbett, quien, habiéndose esquivado, precipitose ferozmente contra mí y me dió dos golpes terribles en la cara. Ante este ataque retrocedí y al retirarme, por espacio de un segundo, abandoné mi guardia; Corbett aprovechó de esta falta y rápido como un rayo me sacudió un golpe directo en la mandíbula. Caí al suelo inmediatamente; no estaba desvanecido, sino simplemente agotado, incapaz de reanudar la lucha. Y al verme así tendido en tierra, yo, que estaba acostumbrado a ver a mis adversarios en tan cruel situación, sentí una pena infinita; habría preferido estar realmente *knock-out*, pues así no habría presenciado tan claramente mi decadencia.

Yo no era ya, por desgracia, el hombre de otros tiempos; de haberlo sido, habría derrotado fácilmente a Corbett, como había puesto fuera de combate a tantos pugilistas de valía.

Pero la fatalidad lo había dispuesto de otro modo; yo no debía vivir el minuto exquisito de retirarme en una apoteosis; no podía abandonar el *ring* con un record virgen de todo fracaso. Conmigo se repetía la antigua historia, la historia del viejo puesto enfrente del joven.

Cuando luché con Corbett, había canas en mi cabeza y a mi costa tenía que conocer a un hombre que valía más que yo. Hice mal, lo confieso; pero, después de todo, ¿no cometemos errores en cualquier edad?

Y sólo era un error de mi parte lo que me hizo

encontrar la derrota en aquel vigésimo primero *round*, el más memorable de mi carrera. Para evitar aquel contratiempo bastábame no cometer la imprudencia de volver a presentarme en el *ring*, pues haciéndolo así habría ignorado siempre lo que es ser vencido.

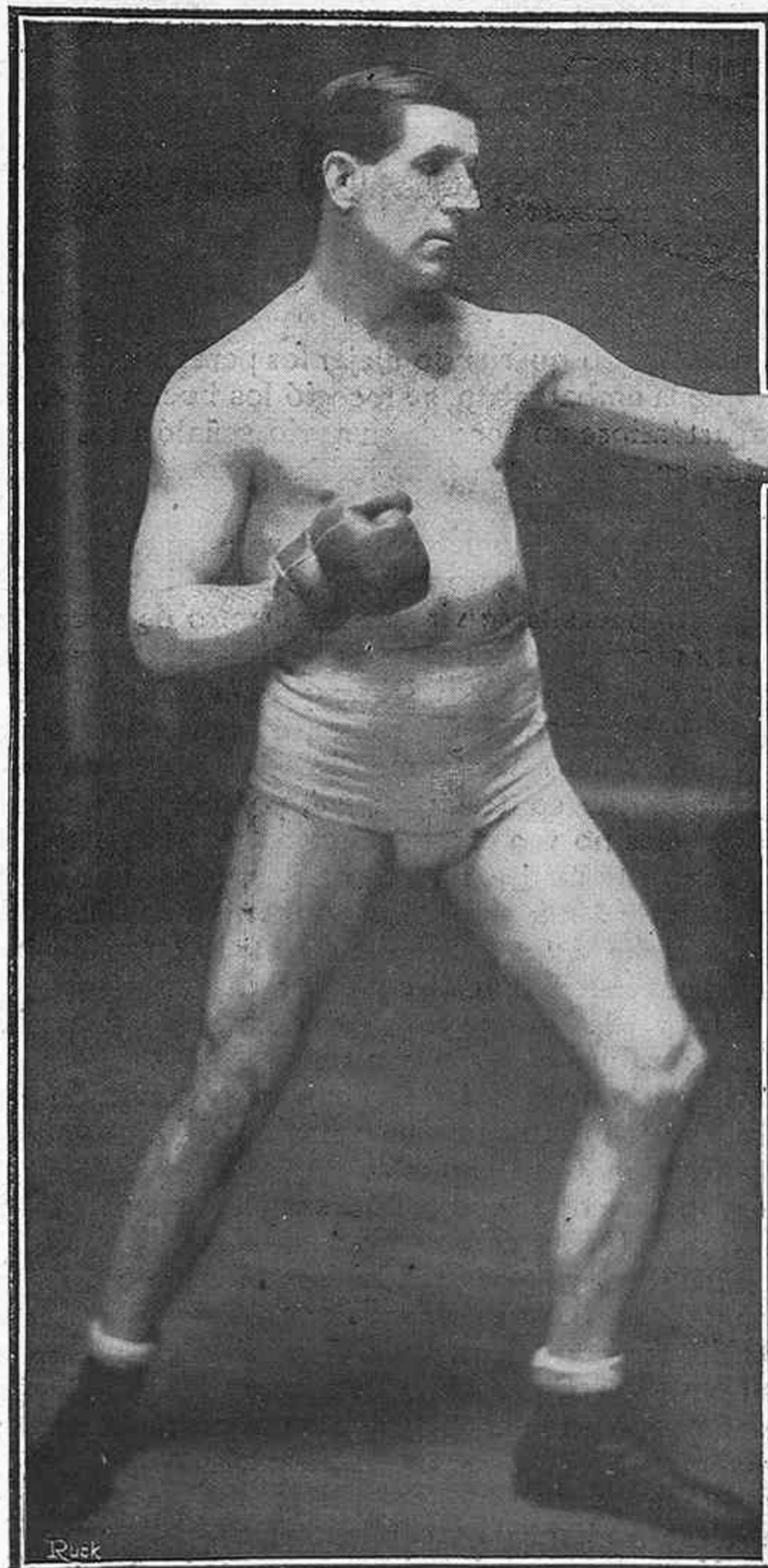
JUAN L. SULLIVAN

excampeón del mundo de los pesos grandes



Juan L. Sullivan en el «match» Johnson-Jeffries

El *speaker* Bill Jordan presenta al viejo campeón Juan L. Sullivan, que en su larga carrera sólo fué derrotado por Jacobo J. Corbett



Jacobó J. Corbett, campeón del mundo de los pesos grandes desde 1892, por su victoria sobre Juan L. Sullivan, hasta 1897, en que lo derrotó Fitzsimmons.

RESPUESTA DE JACOBO J. CORBETT

Tener la victoria sin discusión posible entre sus manos y en el preciso momento en que no tiene uno que hacer más que apoderarse de los laureles, cara, pero indiscutiblemente ganados, vérselos arrebatar en el espacio de un segundo, tal es la sensación más dolorosa que he experimentado en mi carrera y que

conservaré siempre en el fondo del corazón. Y esto es lo que sentí cuando volví en mí después del vigésimo tercero y último *round* de mi *match* con Jacobo J. Jeffries, el día 11 de mayo de 1900, *match* durante el cual el calderero me hizo ver el país de los ensueños. Esta pequeña tragedia íntima se desarrolló en Coney-Island.

Voy a intentar haceros comprender lo que sentí en aquel momento.

Durante veintidós *rounds* hice un juego maravilloso y parecía como si me enfrentara con mi adversario, el campeón del mundo, puesto que nunca había sido vencido. Era yo vencedor de puntos en toda la línea, y nada, exceptuando el *knock-out*, podía arrebatarme la victoria que me habría permitido recobrar el título del que Fitzsimmons me

había desposeído.

¡Pero yo había de ser *knock-out*! Hallábame tan fresco como cuando habíamos subido al *ring* y literalmente bailaba alrededor de Jeffries, esquivando con la mayor facilidad los furiosos golpes que éste me dirigía. Sus terribles ataques parábalos yo sin la menor turbación. Entonces sonó el gongó anunciando el *round* vigésimo tercero.

Estaba yo convencido de que dentro de unos minutos iba a ser dueño de una fortuna, porque la lucha estaba limitada a veinticinco ataques. Como hasta entonces la ventaja había sido mía, hubiera debido mantenerme en la defensiva y mía habría sido la victoria; pero mi amor propio me impulsaba a atacar y a desdeñar los martillazos que Jeffries distribuía a diestro y siniestro sin poder nunca alcanzarme.

Retrocedo un segundo preparándome para reanudar el ataque por un movimiento simulado; entonces Jeffries me suelta un tremendo puñetazo en la mejilla con el brazo izquierdo, y aquel fué el principio del fin. Con furiosos ataques mi adversario me acorrala en las cuerdas y me golpea en la mandíbula, dándome en seguida un terrible golpe con el puño izquierdo en el estómago. Pruebo de reponerme, pero no tengo tiempo, pues Jeffries, semejante a un tigre desencadenado, me persigue con la velocidad del rayo, me golpea los riñones y pone término a su serie de golpes con un *cross* capaz de destrozar la mandíbula.

¿Qué sucedió entonces? No lo sé. Yo estaba *knock-out* y dormía un sueño tan profundo, que lo que en torno mío pasaba era letra muerta para mi entendimiento. Mis segundos me dijeron luego que había sido declarado vencido.

¡Ay! Cuando oí estas palabras, mi desesperación no tuvo límites; en el espacio de cinco segundos viví el disgusto mayor de mi existencia.

Aunque viviese mil años, no volvería a sufrir lo que sufrí al saber que se me había escapado el campeonato del mundo. Y precisamente sucedía esto en el momento en que estaba seguro de recuperarlo, tan seguro como puede uno estarlo en este mundo de incertidumbres y de desilusiones.

JACOBO J. CORBETT
excampeón del mundo de los pesos grandes

RESPUESTA DE ROBERTO FITZSIMMONS

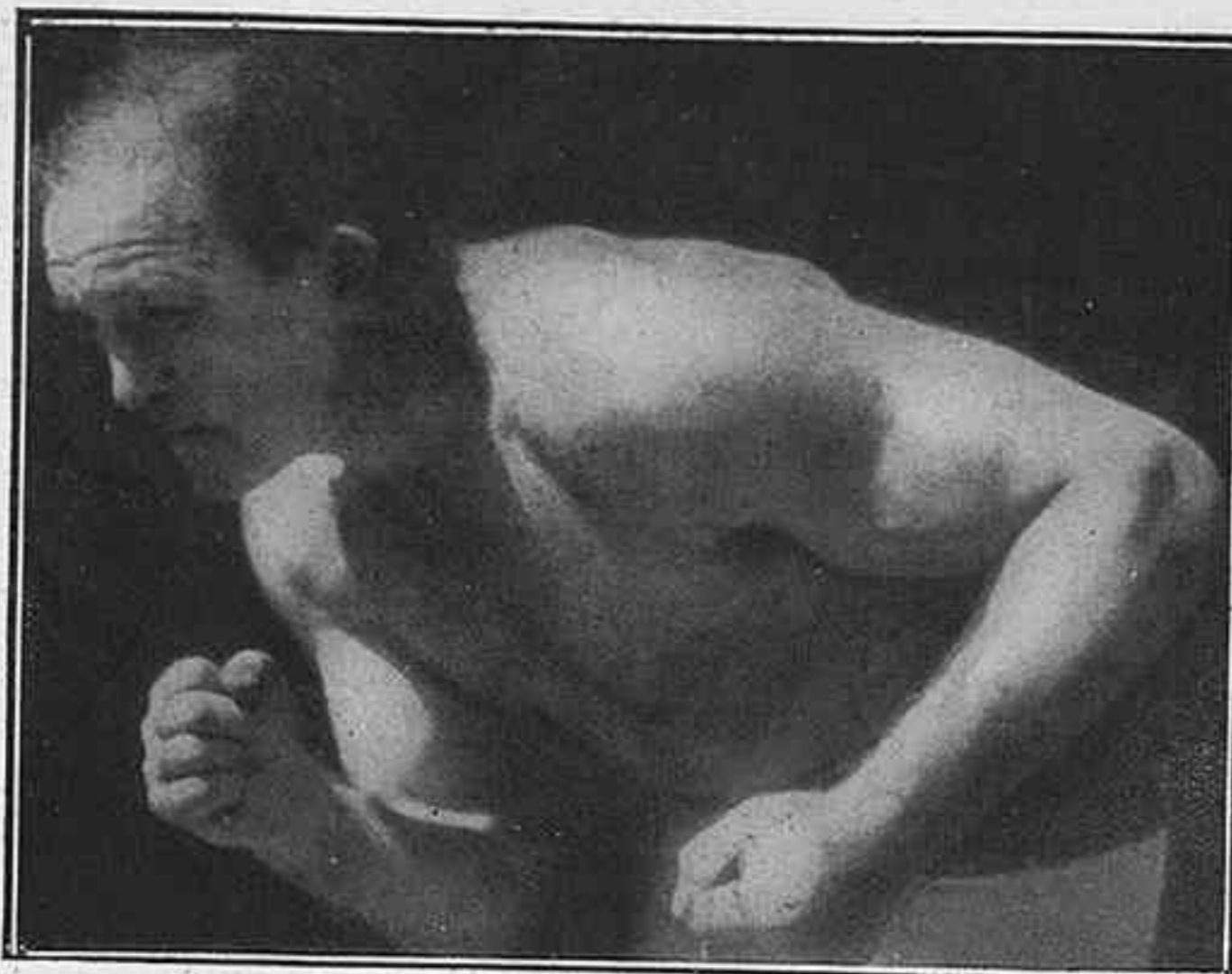
Quisiera poder decir que el momento más inolvidable de mi carrera fué aquel en que gané el campeonato del mundo de los pesos grandes contra Jacobo J. Corbett, cuando ya era yo campeón del mundo de los pesos medios; pero el respeto y el amor á la verdad, unidos á cierto orgullo de mi reputación, me obligan á declarar que el ataque fatal que jamás olvidaré es el undécimo de mi primer *match* con Jacobo Jeffries, aquel en que fui desposeído de mi título en el Club Atlético de Coney-Island, el día 9 de junio de 1899.

Cuando entré en el *ring* tenía plena confianza en mi habilidad para defender el glorioso trofeo; sin embargo, desde el punto de vista del peso, estaba yo severamente *handicapé*; apenas pesaba doce *stones* (1). Y aunque los pesos no habían sido anunciados oficialmente, no creo pecar de incorrecto si aseguro que Jeffries excedía de quince *stones*, diez libras. Por lo demás, así que los espectadores nos vieron frente á frente, no pudieron menos de comprobar que yo tenía el aspecto de una miniatura al lado de mi colosal adversario. A pesar de todo, tenía yo la intención firme de salir vencedor en aquel torneo.

Omitiré el relatar á usted los primeros *rounds*, porque pienso que no le interesarían y que lo que espera usted es que sólo le hable del ataque fatídico

(1) Una *stone* equivale á unos 6'35 kilogramos. (N. del T.)

en que la campana había de doblar lúgubrememente anunciando mi derrota. Y sin embargo, mi orgullo me impulsaría más bien á hablarle de los diez prime-



Jim Jeffries, que venció á Fitzsimmons en 1887 y fué vencido por Johnson en 1910

ros *rounds*, en los que realicé un trabajo magnífico, durante el cual logré magullar horriblemente á Jeffries, hiriéndole en uu ojo y rompiéndole la nariz. Pero lo que ahora hace el caso es el *round* undécimo.

En verdad, esta es la imagen de la vida; así marchan los días. Ningún hombre puede retener para siempre el título de campeón. El instante de la derrota que anonada había llegado; yo había de someterme á la ley rigurosa.

Cuando salí de mi ángulo para el *round* que había de ser el último, sentíame aún bastante fuerte para vencer, á pesar de un malestar inexplicable que me puso feroz. Arrojáme sobre Jeffries y le sacudí varios golpes capaces de desconcertarle; pero Jeffries, todo el mundo lo sabe, tenía, cuando muchacho, una facultad extraordinaria para sufrir los más terribles castigos sin apenas resentirse de ellos.

Seguía yo alentando la esperanza, la gran esperanza de conservar el título de campeón del mundo y de no dejar que me lo arrebatasen. Casi á la mitad del ataque, Jeffries me soltó dos golpes con toda su fuerza, que, á pesar de mi agilidad, no pude esquivar y caí sin sentido sobre la alfombra, dejando al mismo tiempo el título en manos de Jeffries.

La única satisfacción que conservé del momento cruel de la derrota, fué que los laureles de la victoria habían pasado á poder de un valiente. Debo confesar, sin embargo, que, en aquel instante, no miré las cosas con tanta filosofía y que aquel odioso *round* me hizo conocer el momento más doloroso de mi vida.

ROBERTO FITZSIMMONS

excampeón del mundo de los pesos grandes

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

QUISICOSILLAS, por Francisco Rodríguez Martín. - Colección de bellísimas narraciones castizamente escritas, de lectura tan amena como sana, como todos los libros que publica la Biblioteca Patria, de la cual forma parte. Un tomo de 124 páginas editado en Madrid; precio, una peseta.

MANUAL DE LOS NIÑOS Ó ENSEÑANZA PRÁCTICA DE LECTURA, por D. Toribio García. - Nueva edición notablemente reformada é ilustrada con cien grabados y un cuadro de Gimnasia racional. Obra declarada de utilidad para la enseñanza en las escuelas públicas. Un tomo de 96 páginas editado en Madrid por C. Lezcano. Precio, 35 céntimos.

LA REPÚBLICA DE PANAMÁ, por Antonio Alberto Valdés. - Exposición que el Sr. Valdés, cónsul de Panamá en Santander, dirigió en septiembre de 1909 al Congreso de Emigración reunido en Santiago de Galicia. En ella se describen á grandes rasgos las condiciones de la república panameña y se señalan las ventajas que en aquel territorio pueden encontrar los emigrantes españoles. Un folleto de 12 páginas impreso en Santander en la imprenta de La Propaganda Católica.

EL AYUNTAMIENTO DE TACNA, por Vicente Dagnino. - Notable trabajo histórico sobre aquel Ayuntamiento que su autor dedica á su patria con motivo del centenario de su independencia. Un folleto de 66 páginas con varios grabados, impreso en Tacna en el «Taller Tipográfico» de Carlos García Dávila.

PENSAMENTS DEN GOETHE. Traducción catalana de Juan Maragall. - En los nombres del autor y del traductor está el

mejor elogio que pueda hacerse de esta colección de hermosos pensamientos admirablemente traducidos en verso unos y otros en prosa. Un tomo de 84 páginas que forma parte de la «Biblioteca Popular de L'Avenç» que con tanto éxito se publica en esta ciudad. Precio, 50 céntimos.

CATECISMO DE PÍO X. Compendio de la Doctrina cristiana prescrito por la Santidad del Papa Pío X á las diócesis de Roma. Primeras nociones y catecismo breve. Un tomo de 104 páginas editado en Barcelona por Pablo Riera. Precio, 40 céntimos.

SUBMARINOS Y SUMERGIBLES, por D. Enrique de Montero y de Torres. - Memoria premiada por Real orden de 6 de noviembre de 1908 con la cruz blanca de 2.ª clase del Mérito Naval. Un folleto de 36 páginas con algunos grabados, repleto de datos y cálculos interesantísimos que demuestran la especial competencia del autor y el profundo estudio que ha hecho de la materia. Impreso en Madrid en la imprenta del «Memorial de Ingenieros del Ejército»

MYSTERIOUS MOROCCO (Marruecos misterioso), por H. J. B. Ward. - Notable bajo todos conceptos es este libro que constituye un estudio acabado de aquel país, hecho después de larga permanencia en él y de amplias investigaciones del autor, quien para escribirlo quiso ponerse en contacto íntimo con el pueblo marroquí. Geografía, historia, costumbres; todo está admirablemente tratado en este libro, escrito, además, en forma amenisima; y el interés del texto, al final del cual va un completo índice alfabético, hállase avalorado por bellísimas y numerosas ilustraciones de lugares, tipos y objetos curiosos, planos y mapas. Un tomo en inglés, de 268 páginas, editado en Londres por Simpkin, Marshall, Hamilton, Kent & C.º, Ltd.

DISCURSOS, por Pedro Arnó de Vilafranca. - Colección de

discursos sobre los más diversos temas pronunciados por su autor, profesor numerario de ciencias de la Escuela Normal Superior de Maestros de Toledo, en el Club Catalán de Buenos Aires, ante un tribunal de oposiciones, en una velada literaria, en el Casino Democrático Monárquico de Barcelona, en el Congreso de Tarrasa, en el Santuario de Canet de Mar, en el Ateneo Barcelonés, en las Conferencias pedagógicas de Barcelona de 1888 y 1892, en la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción, en las Conferencias pedagógicas de Barcelona, en el Salón Komero de Madrid, en el Fomento de las Artes de Madrid, en la Unión Tipográfica Nicaragüense y en el Ateneo de la Habana. En todos estos trabajos se revelan los vastos conocimientos del Sr. Arnó, quien incluye, además, en el libro unas bases para la futura constitución de la propiedad intelectual. Un tomo de 254 páginas, impreso en Toledo en la imprenta Serrano. Precio, dos pesetas.

EL POEMA DE LOS TOROS, por Felipe Cortines y Murube. - Colección de poesías en diversos metros que, como el título indica, cantan la vida de los toros, desde su crianza en las praderas hasta su muerte en el redondel de la plaza. Un tomo de 102 páginas editado en Madrid por Victoriano Suárez. Precio, dos pesetas.

CULTURA FEMENINA, por Carmen Karr. - Un tomo de 170 páginas que contiene las tres notables conferencias dadas en el Ateneo Barcelonés, en abril de 1910, por la distinguida directora de la importante revista *Feminal*. Constituyen dichas conferencias un trabajo por todo extremo laudatorio, pues en ellas se hace un estudio profundo del problema feminista en el más elevado sentido de la palabra, se señalan las deficiencias de la actual enseñanza de la mujer y se indican los remedios para corregirlas y los nuevos horizontes que han de abrirse para conseguir la verdadera cultura femenina. Editado en Barcelona por «L'Avenç», véndese el libro á una peseta.

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBIANA

Escrita por D. FRANCISCO PI y MARGALL

Esta magnífica edición, ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc., se vende encuadernada en dos tomos de unas 1.000 páginas cada uno al precio de **85 pesetas**, pagadas á plazos.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. - BARCELONA

AYER, HOY Y MAÑANA

LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899

POR

D. ANTONIO FLORES

Edición ilustrada

Tres tomos ricamente encuadernados. á 5 pesetas uno.



JUEGOS DE PRENDAS

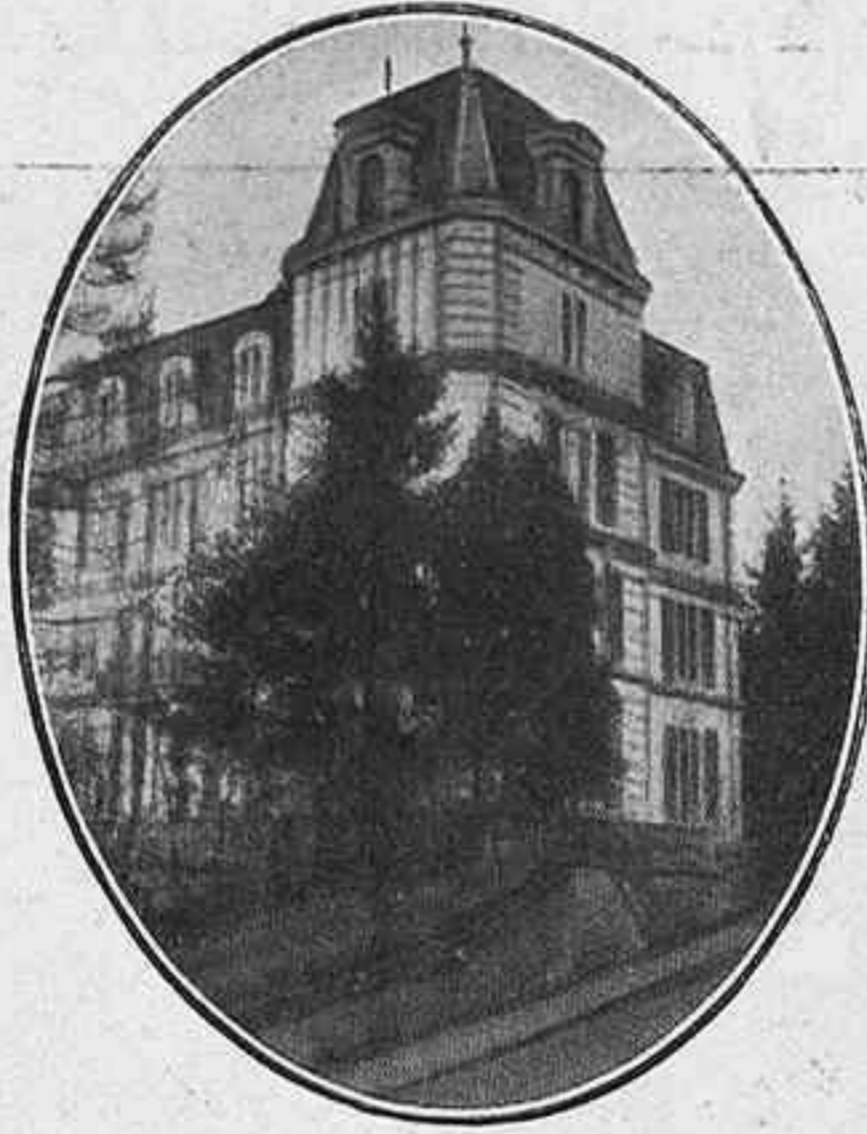
LOS AGRACIADOS CON LOS PREMIOS NOBEL EN 1910



PROFESOR VAN DER WAALS, de Amsterdam (Física)



DR. ALBERTO KOSSSEL, de Rostock
(Medicina)



Premio de la Paz
Residencia, en Berna,
de la «Oficina permanente de la Paz»



DR. OTÓN WALLACH, de Koenigsberg
(Química)



PABLO HEYSE, de Berlín (Literatura)

El día 10 de diciembre último procedióse en el salón de fiestas del Instituto Nobel, de Estocolmo, a la distribución solemne de los premios correspondientes al año 1910, ceremonia que fué presidida por el rey Gustavo V de Suecia, á quien acompañaban en el estrado los miembros de la familia real, el gran mariscal de la corte, los individuos del cuerpo diplomático, los de la Academia Sueca y eminentes personalidades del mundo literario, artístico y científico.

Después del discurso del monarca, el decano de la Academia saludó á los laureados, quienes recibieron de manos del rey los premios, que importan cerca de 190.000 pesetas cada uno y que habían sido adjudicados: el de Física, al profesor Juan D. van der Waals, de Amsterdam; el de Medicina, al Dr. Kossel, de Heidelberg; el de Química, al Dr. Otón Wallach, de Gotinga; el de Literatura, al poeta alemán Pablo Heyse; y el de la Paz, á la Oficina permanente de la Paz, de Berna.

El profesor Juan D. van der Waals nació en Leyden en 27 de noviembre de 1837, y después de haber hecho en aquella ciudad sus estudios desde 1864 hasta 1868, entró en la escuela de Deventer como encargado del curso de ciencias experimentales, y enseñó sucesivamente en La Haya y en Amsterdam, de cuya universidad es profesor desde 1877. Sus investigaciones han versado principalmente sobre la termodinámica y el estado de los gases en su relación con la presión, la temperatura y el volumen, y en 1879 le permitieron establecer leyes que superaron á las sentadas por Boyle, Mariotte y Gay-Lussac. Sus posteriores trabajos sobre la presión osmótica, la teoría de la disociación y los estados correspondientes abrieron nuevos horizontes á la químico-física moderna. Su obra más notable es la titulada *Continuidad del estado gaseiforme y líquido*.

El Dr. Alberto Kossel nació en Rostock en 16 de septiembre de 1853, fué ayudante en el Instituto Fisiológico de Berlín, profesor de Fisiología en la Universidad de Marburgo en 1895 y en 1901 pasó á la de Heidelberg. Ha hecho importantes estudios sobre los cuerpos albuminosos y dado los fundamentos de la doctrina de la constitución de los mismos; y con sus investigaciones en el terreno de la química fisiológica ha prestado valiosísimos servicios á la medicina práctica. Es doctor honorario de las universidades de Cambridge y de Greifswald, dirige la notabilísima *Revista de Química fisiológica* y ha publicado varias obras, todas ellas de gran importancia.

El Dr. Otón Wallach nació en Koenigsberg en 27 de marzo de 1847, estudió en Gotinga y en Berlín, establecióse en 1873 en Bonn como *privatdozent* y en 1876 fué llamado á Gotinga como profesor extraordinario de la universidad, de la que, en 1889, fué nombrado profesor ordinario de Química; y en aquel mismo año se le confió la dirección del Laboratorio de Química orgánica de aquella ciudad. Ambos cargos los desempeña actualmente. Ha estudiado particularmente las combinaciones del carbono; sus trabajos sobre las combinaciones hidroaromáticas conocidas con el nombre de terpenos iniciaron el desarrollo de la industria de los aceites etéreos y permitieron la fabricación artificial del alcanfor; y sus investigaciones sobre el grupo de las amidas dieron por resultado el descubrimiento de la oxalina. De sus principales obras pueden citarse *Tablas para el análisis químico*, *Terpenos y alcanfor*, *Investigación y enseñanza de la química*. El Dr. Wallach es miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de Berlín, doctor honorario de las universidades de Leipzig y Cambridge y presidente de la Sociedad Química Alemana.

Pablo Heyse nació en Berlín en 15 de marzo de 1830, estudió Filología clásica y romana en la universidad de Bonn, hizo en 1852 un viaje científico á Italia y en 1854 el rey Maximiliano de Baviera lo llamó á su corte; desde entonces reside en Munich. Heyse es el más ilustre de los poetas alemanes contemporáneos y es asimismo eminente novelista. En 1880, los innovadores que pretendieron revolucionar la literatura en Alemania, le atacaron sañudamente; pero no lograron destruir ni amenguar la fama del gran literato, que siguió escribiendo y cosechando laureles sin preocuparse del griterío que los jóvenes armaban en contra de él. Y sucedió que cuando aquellos jóvenes alcanzaron la edad madura sin haber producido nada de lo que tan pomposamente anunciaran, refulgía más esplendente que nunca la gloria del viejo poeta, á quien el mundo entero tributó un entusiasta homenaje de admiración y de respeto con ocasión de su octogésimo cumpleaños, que celebró hace algunos meses. La especialidad de Pablo Heyse, como novelista, son las novelas cortas, de las cuales lleva publicados veinte tomos; pero ha escrito también muchas novelas, en el sentido que nosotros damos á esta palabra, habiendo logrado entre ellas gran popularidad las tituladas *Hijos del mundo* y *En el Paraíso*. Asimismo ha dado á la escena algunas obras que han sido muy aplaudidas.

La Oficina permanente de la Paz, que tiene su residencia en Berna, fué fundada en 1892 á consecuencia de una proposición presentada por el pacifista danés Raier en el Congreso de la Paz celebrado en Londres en 1890, funciona como lazo de unión entre las sociedades y los amigos de la paz en general y prepara los congresos que éstos celebran.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARÍS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APÍOL DE LOS JORET HOMOLLE

CURA **LOS DOLORS, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS**

F^{ta} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

data de 1849 París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS 84 St-Denis, 16

HISTORIA GENERAL **DE ESPAÑA**

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

por **D. MODESTO LAFUENTE**

CONTINUADA HASTA LA MUERTE DE ALFONSO XII por **D. JUAN VALERA, ANDRÉS BORREGO, ANTONIO PIRALA y JOSÉ COROLEU**

Esta obra consta de 25 tomos de 350 á 400 páginas de extensión; contiene 88 magníficas cromolitografías que reproducen objetos artísticos, códices, autógrafos, armas, buques, etc., etc.; preciosos mapas; numerosos grabados intercalados, copias de monumentos, retratos de monarcas españoles y una selecta colección de monedas de todas épocas.— Se vende á cinco pesetas cada tomo en toda España.

MONTANER Y SIMÓN.— EDITORES

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN